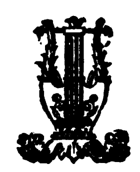
LA ARAUCANA.

SU AUTOR

DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA,

Caballero del órden de Santiago, Gentilhombre de la Cámara de la Magestad del Emperador.

TOMO CUARTO.



MADRID,
Librería de Ramos.

1821.

LA ARAUCANA.

CANTO XXX.

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo: asimismo lo que Pran Araucano pasó con el Indio Andresillo, Yanacona de los Españoles.

Cualquiera desafio es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho:
Y no por causa propria y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querran decir que el desafio
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrio
Juntamente la ira fué criada;
Pero sugeta al freno y señorio
De la razon, á quien encomendada
Quedó para que así la corrigiese,
Que los términos justos no escediese.

Y el Profeta nos da por documento,
Que en ocasion y á tiempo nos airemos;
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos:
Pues dejados llevár del movimiento
El ser y la razon de hombres perdemos,
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado, y el furioso loco.

Y aunque se diga y es verdad que sea
Impetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea,
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.

Por donde claramente si se mira
Parece como parte conveniente
Ser en el hombre natural la ira,
En cuanto á la razon fuere obediente:
Y en la causa comun puesta la mira,
Puede contar Campion, el combatiente
Usar della en el tiempo necesario
Como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardia,
O por jatancia vana, ó alabanza,
O por mostrar la fuerza y valentia,
O por rencor, por odio, ó por venganza:

Si es por declaracion de la porfia
Remitiendo á las armas la probanza,
Es el combate injusto, es prohibido,
Aunque este en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
De Rengo y Tucapel, que peleando
Por solo presuncion y orgullo vano
Como fieras se estan despedazando,
Y con protervia y ánimo inhumano
De llegarse á la muerte trabajando,
Estaban ya los dos tan cerca de ella,
Cuanto lejos de justa su querella.

Digo, que los combates aunque usados
Por corrupcion del tiempo introducidos
Son de todas las leyes condenados,
Y en razon militar no permitidos:
Salvo en algunos casos reservados,
Que serán á su tiempo referidos,
Materia á los soldados importante
Segun que lo verémos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo
El brazo en alto á Tucapel alzado,
Me culpo, me castigo, y reprehendo
De haberlo tanto tiempo así dejado:
Pero á la historia y narracion volviendo
Me oistes ya gritar á Rengo airado
Que bajaba sobre él la fiera espada
Por el gallardo brazo gobernada.

El cual viéndose junto, y que no pudo
Huir del grave golpe la caida,
Alzó con ambas manos el escudo,
La persona debajo recogida:
No se detuvo en él el filo agudo,
Ni bastó la celada aunque fornida,
Que todo lo cortó, y llegó á la frente
Abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido,
Y en pie difícilmente se detuvo,
Que del recio dolor desvanecido
Fuera de acuerdo vacilando anduvo:
Pero volviendo á tiempo en su sentido,
Visto el último término en que estuvo,
De manera cerró con Tucapelo,
Que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto
Que por poco le hubiera trabucado,
Que de la gran pujanza que habia puesto
Anduvo de los pies desbaratado:
Pero volviendo á recobrarse presto
Viéndose del contrario así aferrado,
Le echo los fuertes y ñudosos brazos;
Pensando deshacerle en mil pedazos.

Y con aquella fuerza sin medida
Le suspende, sacude, y le rodea;
Mas Rengo la persona recogida
La suya á tiempo y la destreza emplea:

No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza, y ardimiento
Antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo á tiempo el pie trocado
Del firme Tucapel ciñó el derecho,
Y entre los duros brazos apretado
Cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
Fué tanto el forcejar, que ambos de lado
Sin poderlo escusar á su despecho
Dieron á un tiempo en tierra de manera
Como si un muro, ó torreon cayera,

Pero con rabia nueva y mayor fuego
Comienzan por el campo á revolcarse,
Y con puños de tierra á un tiempo luego
Procuran y trabajan por cegarse:
Tanto que al fin el uno y otro ciego
No pudiendo de hierro aprovecharse,
Con las agudas uñas y los dientes
Se muerden y apedazan impacientes.

Así fieros, sangrientos y furiosos
Cuál ya debajo, cuál ya encima andaban
Y los roncos aceros presurosos
Del apretado pecho resonaban:
Mas no por esto un punto vigorosos
En la rabia y el ímpetu aflojaban,
Mostrando en el teson y larga prueba
Criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas cuando
Los dos Campiones de valor iguales
En la creciente furia declinando
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando
Sin poderse vencer quedaron tales,
Que ya en parte ninguna se movian,
Y mas muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor, y aliento,
Los pechos garleando levantados
Llenos de polvo y de sudor sangriento:
Los brazos y los pies enclavijados,
Sin muestra, ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse
Haber mas porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazon tenia,
Lo cual de sus amigos fué juzgado
Ser notoria ventaja y mejoria:
Y aunque esto es hoy de muchos disputado
Ninguno de los dos se rebullia,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco aliento y corazon latiente.

El gran Caupolicano que asistiendo
Como juez de la batalla estaba,
El grave caso y pérdida sintiendo
Apriesa en la estacada plaza entraba;

El cual sin detenerse un punto viendo
Que alguna sangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
A doce los mas ínclitos varones.

Y siguiendo detras con todo el resto
De la nobleza y gente mas preciada
Fué con honra solemne y pompa puesto
Cada cual en su tienda señalada:
Donde acudiendo á los remedios presto,
Y la sangre con tiempo restañada,
La cura fué de suerte que la vida
Les fué en breve sazon restituida.

Pasado el punto y término temido
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del casco Tucapel sentido
No dejaba curarse braveando:
Pero el prudente General sufrido
Con blandura la cólera templando,
Así de poco en poco le redujo,
Que á la razon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
Y con solemnidad capitulado,
Que en todo lo restante de la vida
No se tratáse mas de lo pasado:
Ni por cosa de nuevo sucedida
En público lugar, ni reservado
Pudiesen combatir, ni armar cuestiones,
Ni atravesarse en dichos, ni en razones.

Mas siempre como amigos generosos
En todas ocasiones se tratasen,
Y en los casos y trances peligrosos
Se acudiesen á tiempo y ayudasen:
Contenidos así los dos famosos,
Porque mas los conciertos se afirmasen
Comieron y bebieron juntamente
Con grande aplauso y fiesta de la gente.

Dejarélos aquí desta manera
En su conformidad y ayuntamiento,
Que me importa volver á la ribera
Del rio, que muda nombre en cada asiento:
Pues ha mucho que falto y ando fuera
De nuestro molestado alojamiento,
Para decir el punto en que se halla
Despues del trance y última batalla.

Luego que la victoria conseguimos
Con mas pérdida y daño que ganancia,
Al Fuerte á mas andar nos recogimos,
Que estaba del lugar larga distancia:
Y aunque poco despues, señor, tuvimos
Otros muchos rencuentros de importancia
No sin costa de sangre y gran trabajo,
Iré por no cansaros al atajo,

Y pasando en silencio otra batalla
Sangrienta de ambas partes y reñida,
Que aunque por no ser largo aquí se calla,
Será de otro escritor encarecida.

Vista de municion y vitualla
La plaza por dos meses bastecida,
Pareció por entonces provechoso
Dejar por Capitan allí á Reinoso.

Que las demas ciudades trabajadas
De las pasadas guerras nos llamaban,
Y las leyes sin fuerza arrinconadas,
Aunque mudas de lejos voceaban:
Las cosas de asiento desquiciadas,
Todos sin gobernar se gobernaban,
Estando de perderse el Reino á canto
Por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada
Fértil de todas cosas y abundante
Para fundar un pueblo aparejada,
Y el sitio á la sazon muy importante:
Quedó primero la ciudad trazada,
De la cual hablarémos adelante;
Que aunque de buen principio y fundamento
Mudó despues el nombre y el asiento.

Dejando pues en guarda de la tierra
Los mas diestros y pláticos soldados,
En órden de batalla, y son de guerra
Rompimos por los términos vedados:
Y atravesando de Puren la sierra
De la hambre y las armas fatigados
A la Imperial llegamos salvamente
Donde hospedada fué toda la gente.

Puso el Gobernador luego en llegando
En libertad las leyes oprimidas,
La justicia y costumbres reformando
Por los turbados tiempos corrompidas:
Y el exceso y desórdenes quitando
De la nueva codicia introducidas,
En todo lo demas por buen camino
Dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aun los cuerpos satisfecho
Del sueño y hambre mísera transida,
Cuando tuvimos nueva que de hecho
Toda la tierra entórno removida,
Rota la tregua y el contrato hecho,
Viendo así nuestra fuerza dividida,
Ayuntaban la suya con motivo
De no dejar presidio, ni hombre vivo.

Luego pues hasta treinta apercibidos
De los que mas en órden nos hallamos,
Por la espesura de Tirú metidos
La barrancosa tierra atravesamos:
Y los tomados pasos desmentidos
No con pocos rebatos arribamos
Sin parar, ni dormir noche, ni dia
Al presidio Español y compañia.

Donde ya nuestra gente habia tenido
Nueva del trato y tierra revelada,
Que por estraño caso acontecido
De la junta y designio fué avisada:

Y habiendo alegremente agradecido
El socorro y ayuda no pensada,
Nos dió del caso relacion entera,
El cual pasa, señor, desta manera.

El Araucano ejército entendiendo
Que su próspera suerte declinaba:
Y que Caupolican iba perdiendo
La gran figura en que primero estaba;
En secretos concilios discurriendo,
Del Capitan ya odioso murmuraba,
Diciendo que la guerra iba á lo largo
Por conservar la dignidad del cargo.

No con tan suelta voz y atrevimiento,
Que el mas libre y osado no temiese,
Y del menor edicto y mandamiento
Cuanto una sola mínima excediese:
Que era tanto el castigo y escarmiento
Que no se vió jamas quien se atreviese
A reprobar el órden por él dado,
Segun era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente
El revolver del hado incontrastable,
Y la poca obediencia de su gente
Viéndole ya en estado miserable:
Que la buena fortuna fácilmente
Lleva siempre tras sí la fé mudable,
Y un mal suceso y otro cada dia
La mas ardiente devocion resfria:

Quiso dando otro tiento á la fortuna,
Que del todo con él se declaráse,
Y no dejar remedio y cosa alguna
Que para su descargo no intentáse:
Entre muchas al fin resuelto en una
Antes que su intencion comunicáse,
Con la presteza y órden que convino
De municiones y armas se previno.

No dando pues lugar con la tardanza
A que el miedo el peligro examináse,
Y algun suceso y súbita mudanza
Los ánimos del todo resfriáse:
Con animosa muestra y confianza
Mandó que de la gente se aprestáse
Al tiempo y hora del silencio mudo
El mas copioso ejército que pudo.

Hizo una larga plática al Senado;
En la cual resolvió, que convenia
Dar el asalto al Fuerte por el lado
De la posta de Ongolmo al mediodia:
Que de cierto espion era avisado
Como la gente que en defensa habia,
Demas de estar segura y descuidada
Era poca, visoña y desarmada.

Que el Capitan ausente habia llevado
La plática en la guerra y escogida,
De no volver atras determinado,
Hasta dejar la tierra reducida;

Y en las nuevas conquistas ocupado
Sin poder ser la plaza socorrida,
En breve por asalto fácilmente
Podian entrarla, y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
Y tal la autoridad de su presencia,
Que se llevó los votos y opiniones
En gran conformidad sin diferencia:
Y con ánimo y firmes intenciones
Le juraron de nuevo la obediencia,
Y de seguir hasta morir de veras
En entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resoluto
Habló con Pran soldado artificioso
Simple en la muestra, en el aspecto bruto,
Però agudo, sutil y cauteloso,
Prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
Falso, disimulado, malicioso,
Lenguaz, ladino, prático, discreto,
Cauto, pronto, solícito, y secreto.

El cual en puridad bien instruido
En lo que el arduo caso requería,
De pobre ropa y parecer vestido
Del presidio Español tomó la via:
Y fingiendo ser Indio foragido
Se entró por la Cristiana ranchería
Entre los Indios mozos de servicio,
Dando en la simple muestra dello indicio.

Debajo de la cual miraba atento
Sin mostrar atencion lo que pasaba,
Y con disimulado advertimiento
Los ocultos designios penetraba;
Tal vez entrando en el guardado asiento
En la figura rústica notaba
La gente, armas, el órden, sitio, y traza,
Lo mas fuerte, y la flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando
A las personas menos recatadas
Iba mañosamente escudriñando
Los secretos y cosas reservadas:
Y aquí y allí los ánimos tentando
Buscaba con razones disfrazadas
Vaso capaz y suficiente seno
Donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando pues los vados y el camino
Por donde el trato fuese mas cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance vino
A dar consigo en peligroso puerto:
Que engañado de un bárbaro ladino
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los Yanaconas permitida.

Y con dobles y equívocas razones
Que Pran á su propósito traía,
Vino el otro á decir las vejaciones
Que el Araucano Estado padecia,

Los insultos, agravios, sin razones,
Las muertes, robos, fuerza, y tiranía,
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia salido
Tan presto el falso amigo á la parada,
Hallando voluntad y grato oido,
Y el tiempo y la ocasion aparejada,
De la engañosa muestra persuadido
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
La encubierta intencion desta manera,

Diciéndole, si sientes, ó soldado!
La pérdida de Arauco lamentable,
Y el infelice término y estado
De nuestra opresa patria miserable,
Hoy la fortuna y poderoso hado
Mostrándonos el rostro favorable,
Ponen solo en tu mano libremente
La vida y salvacion de tanta gente.

Que el gran Caupolicano que en la tierra
Nunca ha sufrido igual, ni competencia,
Y en paz ociosa, y en sangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere viendo el valor que en tí se encierra,
Tu industria grande, y grande suficiencia
Fiar en ocasion tan oportuna
El estado comun de tu fortuna.

Y que á tí como á causa se atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho:
Sola una cosa quiere que sea suya
Con la cual queda ufano y satisfecho,
Que es haber elegido tal sujeto
Para tan grande y importante efeto.

Pues á tí libremente cometido
Puede suceso próspero esperarse,
Y á tu dichosa y buena suerte asido
Quiere llevado della aventurarse:
Y así en figura humilde revestido
Porque de mí no puedan recatarse,
Vengo cual ves, para que deste modo
Te dé yo parte dello, y seas el todo.

Haciéndote saber como querria
(Si no es de algun oculto inconveniente)
Dar el asalto al Fuerte al mediodia
Con furia grande y número de gente;
Por haberle avisado cierta espia
Que en aquella sazon seguramente
Descansan en sus lechos los soldados
De la molesta noche trabajados.

Y sin recato la ferrada puerta
(No siendo á nadie entonces reservada)
Franca de par en par siempre está abiert
Y la gente durmiendo descuidada:

La cual de salto fácilmente muerta,
Y la plaza despues desmantelada
En la region Antártica no queda
Quien resistir nuestra pujanza pueda.

Asíque de tu ayuda confiado
Que todo se lo allana y asegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y sombra escura:
Adonde de su ejército apartado
Debajo de palabra y fé segura
Quiere comunicar solo contigo
Lo que sumariamente aquí te digo.

Ensancha, ensancha el pecho, que si quie-
Gozar desta ventura prometida [res
Demas del grande honor que consiguieres
Siendo por tí la patria redimida,
Solo á tí deberás lo que tuvieres,
Y á tí te deberán todos la vida,
Siendo siempre de nos reconocido
Haberla de tu mano recibido.

Mira pues lo que desto te parece,
Conoce el tiempo y la ocasion dichosa,
No seas ingrato, al cielo que te ofrece
Por solo que la acetes tan gran cosa:
Da la mano á tu patria, que perece
En dura servidumbre vergonzosa,
Y pide aquello que pedir se puede,
Que todo desde aquí se te concede.

Dió fin con esto á su razon atento
Al semblante del Indio sosegado,
Que sin alteracion y movimiento
Hasta acabar la plática habia estado:
El cual con rostro y parecer contento,
Aunque con pecho y ánimo doblado,
A las ofertas y razon propuesta
Dió sin mas detenerse esta respuesta:

Quién pudiera aquí dar bastante indicio
De mi intrínseco gozo y alegria
De ver que está en mi mano el beneficio
De la chara y amada patria mia:
Que ni riqueza, honor, cargo, ni oficio,
Ni el gobierno del mundo y monarquia
Podrán tanto con migo en este hecho,
Cuanto el comun y general provecho.

Que sufrir no se puede la insolencia
Desta ambiciosa gente desfrenada,
Ni el disoluto imperio y la violencia
Con que la libertad tiene usurpada:
Por lo cual la divina providencia
Tiene ya la sentencia declarada,
Y el ejemplar castigo merecido
Al Araucano brazo cometido.

Vuelve á Caupolican y de mi parte
Mi pronta voluntad le ofrece cierta,
Que cuanto en esto quieras alargarte,
Te sacaré yo á salvo de la oferta:

Y mañana sin duda por la parte
De la inculta marina mas desierta
Seré con él, dó tratarémos largo
Desto que desde aquí tomo á mi cargo.

Por la sospecha que nacer podria,
Será bien que los dos nos apartemos,
Y deshecha por hoy la compañia
Adonde nos aguardan arribemos:
Que mañana despacio al mediodia
Con mayor libertad nos hablarémos,
Y de mí quedarás mas satisfecho: (trecho.)
A Dios, que es tarde, á Dios, que es largo el

Así luego partieron el camino
Llevándole diverso y diferente,
Que el uno al Araucano campo vino,
Y el otro adonde estaba nuestra gente:
El cual con gozo y ánimo malino
Hablando al Capitan secretamente
Le dijo punto á punto todo cuanto
Oirá quien escucháre el otro Canto.

LA ARAUCANA.

CANTO XXXI.

Cuenta Andresillo á Reynoso lo que con Pran dejaba concertado: habla con Caupolicán cautelosamente, el cual engañado viene sobre el Fuerte, pensando hallar á los Españoles durmiendo.

La mas fea maldad y condenada,
Que mas ofende la bondad divina,
Es la traicion sobre amistad forjada;
Que al cielo, tierra, y al infierno indina:
Que aunque el señor de la traicion se agrada
Quiere mal al traidor, y le abomina;
Tal es este nefario maleficio,
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces veréis que el alevoso
En estado seguro permanece,
De nadie amado, á todo el mundo odioso
Que el mismo interesado le aborrece:
Amigo en todo tiempo sospechoso
Aunque trate verdad no lo parece,
Y al cabo no se escapa del castigo
Que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
Debajo de seguro al enemigo,
¿Qué será aquel que al enemigo vende
La libertad y sangre del amigo,
Y que él con rostro de leal pretende
Ser traidor á su patria como digo,
Poniéndole con odio y rabia tanta
El agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado
Del público enemigo conocido,
Del perverso, insolente, del malvado,
Pero no del traidor nunca ofendido,
Que en hábito de amigo disfrazado,
El desnudo puñal lleva escondido,
No hay contra el desleal seguro puerto,
Ni enemigo mayor que el encubierto.

La prueba es Andresillo, que dejaba
Al amigo engañado y satisfecho,
El cual con la gran priesa que llevaba
En poco espacio atravesó gran trecho:
Y puesto ante Reynoso el cual estaba
Seguro y descuidado de aquel hecho,
Preciándose el traidor de su malicia
Della y de la traicion le dió noticia,

Diciéndole: sabrás que usando el hado
Hoy de piadoso término contigo,
Las cosas de manera ha rodeado
Que puedo serte provechoso amigo;

Pues en mi voluntad libre ha dejado
La muerte ó salvacion de tu enemigo,
Remitiendo á las manos de Andresillo
La arbitraria sentencia y el cuchillo.

Mas negando la deuda y fé debida
A mi tierra y nacion por tu respeto,
Quiero, señor, sacrificar la vida
Por escapar la tuya deste aprieto,
Y encontra de mi patria aborrecida
Volver las armas y áspero decreto,
Desviando gran número de espadas
Que estan á tu costado enderezadas.

Tras esto allí le dijo todo cuanto
Con Pran le sucedió y habeis oido,
Que si me acuerdo en el pasado Canto
Lo tengo largamente referido:
Quedó Reynoso atónito de espanto,
Y con ánimo y rostro agradecido
Los brazos amorosos le echó al cuello
Dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio
Con que del trato doble usado habia,
Exageró el famoso y gran servicio
Que á todo el Reino y cristiandad hacía,
Diciendo que tan grande beneficio
Siempre en nuestra memoria duraria,
Y con honroso premio de presente
Sería remunerado largamente.

Quedaron pues de acuerdo que otro dia
Sin que noticia dello á nadie diese
En el tiempo y lugar que puesto habia
Con el vecino Capitan se viese,
Que de la vista y habla entenderia
Lo que mas al negocio conviniese,
Trayéndole por mañas y rodeo
Al esperado fin de su deseo.

Hizolo pues así; pero antes desto
A la salida de un espeso valle
Halló al amigo en centinela puesto
Esperándole ya para guialle:
Donde Caupolican con ledo gesto
Saliendo algunos pasos à encontralle,
Adelantado un trecho de su gente
Le recibió amorosa y cortesmente,

Diciendo: ó Capitan, hoy por el cielo
En esta dignidad constituido,
A quien la redencion del patrio suelo
Justa y meritamente ha cometido:
Bien sé que solo con honrado zelo
De virtud propria y de valor movido
Aspiras arribar dó ningun hombre
Tendrá puesto adelante mas su nombre.

Y habiendo de tu pecho penetrado
El intento y designio valeroso
De tu fortuna próspera guiado,
Que promete suceso venturoso,

Estoy resuelto, estoy determinado
Que con golpe de gente numeroso
Demos siendo tú solo nuestra guia
Sobre el Fuerte Español á mediodia.

Para lo cual ha sido mi venida
Sorda y secretamente en esta parte,
Donde siendo tu boca la medida
Quiero del justo premio asegurarte:
Y ver si á tí esta empresa cometida
Quieres della y nosotros encargarte,
Dando como cabeza y dueño en todo
El órden, la instruccion, la traza y modo.

Que demas de las honras te aseguro
De parte del Senado un Señorio,
Y por el fuerte Eponamon te juro
Que esto será escogido á tu albedrio:
En tus manos me pongo y aventuro,
Y á tu buen parecer remito el mio,
Para que des el órden que convenga,
Y el esperado bien no se detenga.

Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta
Que me prometen próspera jornada
En una parte oculta y encubierta
Tengo cerca de aquí mi gente armada:
Y antes que sea de algunos descubierta,
Y la plaza enemiga preparada,
Que es el peligro solo que esto tiene,
Apresurar la ejecucion conviene.

Resuélvete, ó varon, y determina
Como de tí se espera brevemente,
Que detras deste monte á la marina
Está el copioso ejército obediente:
Y porque puedas ver la disciplina,
Los ánimos, las armas, y la gente,
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo
Con esperanza y ánimo gallardo.

El traidor pertinaz que atento estaba
A cuanto el General le prometia,
No la oferta, ni el premio le mudaba
De la fea maldad que cometia:
Bien que algun tanto tímido dudaba
Viendo de aquel varon la valentia,
El ser gallardo, y el feroz semblante,
La proporcion y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Con un drago escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada:
En la derecha su baston ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuan barato
Podia salir con el malvado hecho,
Teniendo en su traicion y doble trato
Andado en poco tiempo tanto trecho,

Con alegre semblante y rostro grato,
Aunque con doble y engañoso pecho,
Hincando ambas rodillas en el llano
Tal respuesta volvió á Caupolicano.

O gran Apó, no pienses que movido
Por honra, por riqueza, ó por estado
A tus pies y obediencia soy venido
A servirte y morir determinado :
Que todo lo que aquí me has ofrecido,
Y lo que puede mas ser deseado
No me provoca tanto, ni me instiga,
Cuanto la gran razon que á ello me obliga.

Gracias al cielo doy pues mi esperanza
En tu prudencia y gravedad fundada
La siento ya con próspera bonanza
Ir al derecho puerto encaminada :
Y porque no nos dañe la tardanza,
Será bien que apresures la jornada,
Siguiendo la fortuna que se muestra
Declarada en favor de parte nuestra.

Que nuestros enemigos sin recelo
A las armas de noche acostumbrados
Cuando va el sol en la mitad del cielo
Descansan en sus toldos desarmados :
Y desnudos y echados por el suelo
En vino y dulce sueño sepultados
Pasan la ardiente siesta en gran reposo,
Hasta que el sol declina caluroso.

Y si estás como dices prevenido,
Y la gente vecina en órdenanza,
Que goces luego la ocasion te pido,
No dejando pasar esta bonanza,
Que el tiempo es malo de cobrar perdido
Mayormente si daña la tardanza,
Y pues no te detiene cosa alguna,
No detengas tus hados y fortuna.

Que á darte la victoria yo me obligo
No por el galardon que dello espero,
Que la virtud la paga trae consigo,
Y ella misma es el premio verdadero;
Basta lo que en servirte yo consigo,
Y así graciosamente me prefiero
De ponerte sin pérdida en la mano
La desnuda garganta del tirano.

Mañana disfrazado al tiempo cuando
Vaya el sol en mitad de su jornada
Vendrá á mi estancia Pran, donde aguardan-
Estaré su venida deseada: [do
Y en el Presidio y franca plaza entrando
Verá la gente entonces entregada
Al ordinario y descuidado sueño
Sin prevencion, y al parecer sin dueño.

Esta noche callada y quietámente
Desviada á la izquierda del camino,
Venga á ponerse en escuadron la gente
Una milla del Fuerte y mas vecino:

Y cuando asome el sol por el oriente
Echada en recogido remolino,
Bajas las armas por la luz del dia,
Aguarde allí el aviso y órden mia.

Quiero ver, pues que dello eres servido
Por ir del todo alegre y satisfecho,
Tu dichoso escuadron constituido
Para tan alto y señalado hecho:
Por quien Arauco ya restituido
En sus primeras fuerzas y derecho,
Echada la Española tiranía
Estenderá su nombre y monarquía.

Quedó Caupolicano de manera
Que tuvo el trato y hecho por seguro,
Diciéndole razones que moviera
No un corazon movible, pero un muro:
Y en señal de firmeza verdadera
Le dió un lucido llauto de oro puro,
Y un grueso mazo de Chaquira prima,
Cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado
Al pie de un alto cerro montuoso
Vió el Araucano ejército emboscado
De brava gente y número copioso:
Quedó el traidor de verlo algo turbado,
Y en la falsa y mudable fé dudoso;
Que en el ánimo vario y movedizo
Hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada
Dándole espuelas y ánimo bastante,
La duda tropelló representada,
Llevando el mal propósito adelante:
Y así encubriendo la intencion dañada
Con mentirosas muestras y semblante
Loó el traidor encarecidamente
El sitio, el órden, armas, y la gente.

Y despues de inquirir y haber notado
Lo que notar entonces convenia,
Visto el grande aparato, y tanteado
La gente armada y cantidad que habia,
Advertido de todo y enterado
Llegó al presidio al rematar del dia,
Adonde le esperaba ya Reynoso
De su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento
De su jornada relacion copiosa,
Dándole mayor ánimo y aliento
Nuestra llegada á tiempo provechosa;
Que si estuvisteis á mi Canto atento,
Por la montaña y costa montuosa
Al socorro llegué aquel mismo dia
Con los treinta que dije en compañia.

Gastóse aquella noche previniendo
Las armas é instrumentos militares,
El foso, muro, y plaza requiriendo
Señalando á la gente sus lugares:

Hasta que fué la aurora descubriendo
Con turbia luz los hondos valladares,
Dando triste señal del dia esperado
Por tanta sangre y muerte señalado.

Jamas se vió en los términos Australes
Salir el sol tan tardo á su jornada,
Rehusando de dar á los mortales
La claridad y luz acostumbrada:
Al fin salió cercado de señales,
Y la luna delante dél menguada,
Vuelto el mudable y blanco rostro al cielo
Por no mirar al Araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza
Por una y otra parte ocultamente
Con iguales designios y esperanza,
Aunque con hado y suerte diferente:
Veis aquí á Pran, que solo y á la usanza
De los Mitayos Indios diligente,
Cargado con un haz de blanco trigo
Viene á buscar al alevoso amigo.

Que á la salida de su rancho estaba
Mirando á los caminos ocupado,
Pareciéndole ya que se pasaba
El tiempo del concierto aun no llegado:
Tanto ya la maldad le aceleraba
De una furia maligna espoleado,
Que siempre en lo que mucho se desea
No hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto
Que la gente en dos tercios dividida
Habia el murado sitio descubierto
Sin ser de nadie vista, ni sentida:
Y con paso callado y gran concierto
Doméstica, ordenada, y recogida,
Los pechos y las armas arrastrando
Venia derecha al Fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente
Dió Andresillo señal de su alegria
Diciendo, que sin duda nuestra gente
Ya segun su costumbre dormiria:
Luego disimulada y quietamente
Sin mas se detener de compañia
Entraron en el Fuerte preparado
El falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos
Todos los oficiales y soldados,
Sobre sus lechos sin dormir dormidos
Con aviso y cuidado descuidados:
Los arneses acá desguarnecidos,
Los caballos allá desensillados,
Todo de industria al parecer revuelto,
En un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo Pran, visto el sosiego,
Y poca guardia que en el Fuerte habia,
Alegre dello tanto, cuanto ciego
En no ver la sospecha que traía:

Sin detenerse un solo punto luego
Por una corta senda que el sabía,
Haciendo de sus pies y aliento prueba
Fué á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro trapuesto,
Cuando Andresillo en tono levantado
Dijo : ó fuertes soldados, en quien puesto
Está el fin de la guerra deseado !
Tomad las vencedoras armas presto,
Y romped el silencio ya escusado,
Saliendo á toda priesa, porque os digo
Que á las puertas teneis al enemigo.

Marinero jamas tan diligente
De entre la vedijosa bernia salta,
Cuando los gritos del piloto siente,
Y la borrasca súbita le asalta,
Como nosotros que ligeramente
Oyendo de Andresillo la voz alta,
De los toldos con ímpetu salimos,
Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia,
Quién encaja la gola y la celada,
Quién ensilla el caballo, y quién salia
Con arcabuz, con lanza, ó con espada :
Fué en un punto la gruesa artilleria
A las abiertas puertas asestada,
Llenos de tiros mil de mil maneras
Los traveses, cortinas, y troneras.

Puesta en órden la plaza, y encargando
Segun el puesto á cada cual su oficio,
El silencio importante encomendando
Travó las lenguas y aquietó el bullicio,
Quedando aquel presidio tan callando
Que la gente extramuros de servicio,
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
Que todo en igual sueño reposaba.

No fué Pran en el curso negligente,
Pues apenas estabamos armados,
Cuando los enemigos de repente
Se descubriéron cerca por dos lados:
Venian tan escondida y sordamente
Bajas las armas, y ellos inclinados,
Que entráran, si la vista ya no fuera
Mas presta que el oido y mas ligera.

Como el cursado cazador que tiene
La caza y el lugar reconocido,
Que poco á poco el cuerpo bajo viene
Entre la yerba y matas escondido:
Ya apresura el andar, ya le detiene,
Mueve y asienta el paso sin ruido
Hasta ponerse cerca y encubierto,
Donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor silencio y mayor tiento
Los encubiertos Indios parecieron,
Y sobre nuestro Fuerte en un momento
A treinta y menos pasos se pusieron:

De dó sin son de trompa, ni instrumento
En callado tropel arremetieron
Mas de dos mil en número á las puertas
Con mas cuidado, que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto
Este sangriento y crudo asalto cuente,
Y la lástima justa, y odio justo,
Que ambas cosas concurren juntamente:
El ánimo ahora humano, ahora robusto
Me suspende, y me tiene diferente,
Que si al piadoso celo satisfago.,
Condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,
Dentro della y del Fuerte estoy metido,
Si en este punto y término lo dejo,
Hago y cumplo muy mal lo prometido:
Así dudoso el ánimo y perplejo
Destos juntos contrarios combatido,
Lo dejo al otro Canto reservado,
Que de consejo estoy necesitado.

LA ARAUCANA.

CANTO XXXII.

Arremeten los Araucanos el Fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte: Caupolican se retira á la sierra deshaciendo el campo: cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Excelente virtud, loable cosa
De todos dignamente celebrada
Es la clemencia ilustre y generosa
Jamas en bajo pecho aposentada:
Por ella Roma fué tan poderosa,
Y mas gentes venció que por la espada,
Domó y puso debajo de sus leyes
La indómita cerviz de grandes Reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,
Ni está allí la grandeza y excelencia,
Sino en saber usar de la vitoria
Ilustrándola mas con la clemencia:
El vencedor es digno de memoria
Que en la ira se hace resistencia,
Y es mayor la victoria del clemente,
Pues los ánimos vence juntamente.

Y así no es el vencer tan glorioso
Del Capitan cruel inexorable,
Que cuanto fuere menos sanguinoso,
Tanto será mayor, y mas loable:
Y el correr del cuchillo riguroso
Mientras dura la furia es disculpable,
Mas pasado despues á sangre fria
Es venganza, crueldad, y tirania.

La mucha sangre derramada ha sido
(Si mi juicio y parecer no yerra)
La que de todo en todo ha destruido
El esperado fruto desta tierra:
Pues con modo inhumano han excedido
De las leyes y términos de guerra,
Haciendo en las entradas y conquistas
Crueldades enormes nunca vistas.

Y aunque esta en mi opinion dellas es una,
La voz comun encontra me convence,
Que al fin en ley de mundo y de fortuna
Todo le es justo y lícito al que vence:
Mas dejada esta platica importuna
Me parece ya tiempo que comience
El crudo estrago y excesivo modo
En parte justo, y lastimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el Fuerte
En medio del furor y arremetida,
Y la callada y encubierta muerte
De mil géneros de armas prevenida:

Llevado pues del hado y dura suerte
Con presto paso y con fatal corrida
Emboca por la puerta y falsa entrada
El gran tropel de gente amontonada.

Dios sempiterno, ¡ qué fracaso estraño ¡
Qué riza, qué destrozo y bateria
Huvo en la triste gente, que al engaño
Ciega pensando de engañar venia !
¿ Quién podrá referir el grave daño,
La espantosa y tremenda artilleria,
El nublado de tiros turbulento,
Que descargó de golpe en un momento ?

Unos vieran de claro atravesados,
Otros llevados la cabeza y brazos,
Otros sin forma alguna machucados,
Y muchos barrenados de picazos:
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembra- [dos
Lloviendo lejos trozos y pedazos,
Hígados, intestinos, rotos huesos,
Entrañas vivas, y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina
Cuando con grande estrépito revienta,
Que la furia del fuego repentina
Las torres vuela, y máquinas avienta:
Con mas estruendo, y con mayor ruina
La fuerza de la pólvora violenta
Voló y hizo pedazos en un punto
Cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna
Despedazó el ejército Araucano,
No habiendo un solo tiro, ni arma alguna
Que errase el golpe, ni cayese en vano:
Nunca se vió morir tantos á una,
Y así aunque yo apresure mas la mano,
No puedo proseguir, que me divierte
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados
Cuando por verse fuera en campo raso
Los caballos á un tiempo espoleados
Rompen la entrada y ocupado paso,
Y en los segundos Indios, que ovillados
Estaban como atónitos del caso,
Hacen riza y mayor carniceria,
Que pudiera hacer la artilleria.

Quién aqueste y aquel alanceando,
Abre sangrienta y ancha la salida,
Quién á diestro y siniestro golpeando
Priva aquestos y aquellos de la vida:
No hay ánimo, ni brazo allí tan blando
Que no cale y ahonde la herida,
Ni espada de tan grueso y boto filo
Que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurallos,
Y figurar las formas de los muertos,
Unos atropellados de caballos,
Otros los pechos y cabeza abiertos,

Otros, que era gran lástima mirallos,
Las entrañas y sesos descubiertos,
Vieran otros deshèchos y hechos piezas,
Otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
El miserable y lastimoso duelo,
El rumor de las armas y alaridos
Hinchen el aire y cóncavo del cielo:
Luchando con la muerte los caidos
Se tuercen y revuelcan por el suelo,
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
Por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto
Al embaucado Pran que estaba fuera,
Visto el destrozo cierto y falso cuanto
El traidor de Andresillo le dijera:
La pena y sentimiento pudo tanto,
Que aunque escaparse el mísero pudiera;
En medio de las armas desarmado
A morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos Indios venturosos,
A los cuales llegó solo el estruendo,
Volviendo las espaldas presurosos
Muestran las plantas de los pies huyendo:
Los nuestros del alcance deseosos
En carrera veloz los van siguiendo,
Hiriendo y derribando en los postreros
Los menos diligentes y ligeros.

Pero algunos valientes que estimaban
La ganada opinion mas que la vida,
Volviendo el pecho y armas refrenaban
El ímpetu de muchos y corrida:
Y aunque con grande esfuerzo peleaban
Era presto la guerra difinida,
Que la furiosa muerte allí su espada
Traía de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo cuando
Se forman por mil partes los nublados,
Que van unos creciendo, otros menguando,
Otros luego de nuevo levantados;
Mas el norueste frígido soplando
Los impele y arroja amontonados,
Hasta buscar del Ábrego el reparo
Dejando el cielo raso, y aire claro;

Así la gente atónita y turbada
En partes dividida se esparcia,
Y á las veces juntándose esforzada
Haciendo cuerpo y rostro revolvia;
Pero de la violencia arrebatada
Dejó el campo y banderas aquel dia,
Quedando de los rotos escuadrones
Gran número de muertos y prisiones.

Deshechos pues del todo y destruidos,
Y acabado el alcance y seguimiento,
Los presos y despojos repartidos
Volvimos al dejado alojamiento:

Donde trece Caciques elegidos
Para ejemplar castigo y escarmiento,
A la boca de un grueso tiro atados
Fueron dándole fuego justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos
Si en el monton y número de gente
Algunos de los Indios valerosos
Fueron muertos allí confusamente:
Pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello, y Tucapel valiente
Iban delante en la primera hilera
Abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo á esto, señor, que no venia
Capitan, ni Cacique señalado,
Visto que el General usado habia
De fraude y trato entre ellos reprobado;
Diciendo ser vileza y cobardia
Tomar al enemigo descuidado,
Y victoria sin gloria y alabanza
La que por bajo término se alcanza.

Así que una arrogancia generosa
Los escapó del trance y muerte cruda,
Que ninguno por ruego, ni otra cosa
Quiso en ello venir, ni dar ayuda:
Teniendo por hazaña vergonzosa
Vencer gente sin armas y desnuda,
Que el peligro en la guerra es el que honra
Y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolican desta jornada
Roto, deshecho, y falto de pujanza,
Que fué mucha la sangre derramada,
Y poca de su parte la venganza:
El cual viendo la turba amedrentada,
Y el ardor resfriado y la esperanza,
Deshizo el campo entonces conveniente
Dando licencia á la cansada gente.

Quísose entretener mientras pasaba
De los contrarios hados la corrida,
Conociendo de sí que peleaba
Con cansada fortuna envegecida:
Así la gente en partes derramaba
Con órden que estuviese apercibida
En cualquiera ocasion y movimiento,
Para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado
Gente de confianza y valentia,
Ora en el monte inculto, ora en poblado
Desmintiendo los rastros parecia,
Y en lugares ocultos alojado
Jamas gran tiempo en uno residia,
Usando de su bárbara insolencia
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino
Andabamos haciendo mil jornadas,
No dejando lugar circunvecino
Que no diesemos salto y trasnochadas:

Y en los mas apartados del camino
Hallábamos las casas ocupadas
De gente foragida de la tierra,
Que ya andaba huyendo de la guerra,

Diciendo, que de grado volveria
A sus yermas estancias y heredades,
Pero que el General los compelia
Usando de inhumanas crueldades;
Y si en esto remedio se ponia,
Llanas estaban ya las voluntades
Para dejar las armas los soldados
De la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
Se puso en inquirir toda la tierra,
No quedando lugar inhabitado,
Monte, valle, ribera, llano, y sierra
Donde no fuese el bárbaro buscado;
Mas por bien, ni por mal, por paz, ni guerra,
Aunque todo con todos lo probamos,
Jamas señal, ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo, ni tormento
Pudo sacar noticia ó rastro alguno,
Ni caricia, interes, ni ofrecimiento
Jamas á corromper bastó á ninguno:
Andábamos atónitos y á tiento
Segun la variedad de cada uno,
De dia, de noche, acá y allá perdidos,
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la tierra un dia
Por caminos y pasos desusados,
Llevando por escolta y compañia
Una escuadra de pláticos soldados,
Dimos en una oculta rancheria
De domésticos Indios ausentados,
Que por ser grande el bosque y la distancia
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba
En la cabeza una muger herida,
Moza que de quince años no pasaba,
De noble trage y parecer vestida:
Y en la color quebrada se mostraba
La falta de la sangre, que esparcida
Por la delgada y blanca vestidura
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté, qué ocasion la habia traido
A lugar tan estraño y apartado,
Cómo y por qué razon la habian herido,
Y de inhumana crueldad usado:
Ella con rostro y ánimo caido,
Y el tono del hablar debilitado,
Me dijo: es cosa cierta y prometida
La muerte triste tras la alegre vida.

Porque entiendas el dejo y desvario,
Que el humano contento trae consigo,
Aun no es cumplido un mes que el padre mio
Usando de privado amor conmigo

Me dió esposo elegido á mi albedrío,
Esposo y juntamente grande amigo,
Tal y de tantas partes, que yo creo,
Que en él hallára término el deseo,

Pero su esfuerzo raro y valentia,
Que della por extremo era dotado,
Le trujo á la temprana muerte el dia
Que fué nuestro escuadron despedazado;
Donde cerca de mí que le seguia
Un tiro le pasó por el costado,
Que fuera menos crudo y mas derecho
Si abriera antes el paso por mi pecho.

Cayó muerto quedando yo con vida,
Vida mas enojosa que la muerte;
Mas viéndome un soldado así afligida
(En parte condolido de mi suerte)
Me dió por acabarme esta herida
Con brazo aunque piadoso no tan fuerte,
Que mi espíritu suelto le siguiese,
Y un bien tras tanto mal me sucediese.

Dió conmigo en el suelo fácilmente,
Aunque no me privó de mi sentido,
Pasando el golpe y furia de la gente
En confuso tropel con gran ruido:
Pero luego un Cacique mi pariente,
Que en un hoyo al pasar quedó escondido,
En brazos me sacó del gran tumulto,
Trayéndome á este bosque y sitio oculto,

Donde espero morir cada momento;
Mas ya como esperado bien se tarda,
Que és costumbre ordinaria del contento
No acabar de llegar á quien le aguarda:
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,
Conmigo el cielo término no guarda,
Ni la llamada muerte á tiempo viene,
Que mi deseo la impide y la detiene.

La vida así me cansa y aborrece
Viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
Que cada hora que vivo me parece
Que cometo maldad, pues no le sigo:
Y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,
Usa tú de piedad, señor, conmigo,
Acabando hoy aquí lo que el soldado
Dejó por flojo brazo comenzado.

Así la triste jóven luego, luego
Demandaba la muerte, de manera
Que algun simple de lástima á su ruego
Con bárbara piedad condecendiera:
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
Labró en mi inculto pecho, viendo que era
Mas cruel el amor que la herida,
Corrí presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algun tanto consolado,
Y traido á que viese claramente,
Que era el morir remedio condenado,
Y para el muerto esposo impertinente:

Con el zumo de yerbas aplicado
(Medicina ordinaria desta gente)
Le apreté la herida lastimosa,
No tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando pues un prático ladino
Para que poco á poco la llevâse,
Y en los tomados pasos y camino
Del peligro al pasar la asegurâse,
Partir á mi jornada me convino;
Mas primero que della me apartâse
Supe que se llamaba Lauca, y que era
Hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del Presidio caminando
Sin hallar otra cosa de importancia
Iba con los soldados platicando
De la fé de las Indias y constancia,
De muchas aunque bárbaras loando
El firme amor y gran perseverancia,
Pues no guardó la casta Elisa Dido
La fé con mas rigor á su marido.

Mas un soldado jóven que venia
Escuchando la plática movida,
Diciendo, me atajó, que no tenia
A Dido por tan casta y recogida,
Pues en la Eneida de Maron vería,
Que del amor libídino encendida,
Siguiendo el torpe fin de su deseo
Rompió la fé y promesa á su Siqueo.

Visto pues el agravio tan notable,
Y la objecion siniestra del soldado
Por el gran testimonio incompensable
A la casta Fenisa levantado,
Pareciéndome cosa razonable
Mostrarle que en aquello andaba errado
El y todos los mas que me escuchaban,
Que en la misma opinion tambien estaban:

Les dije, que queriendo el Mantuano
Hermosear su Eneas floreciente,
Porque Cesar Agusto Octaviano
Se preciaba de ser su descendiente,
Con Dido usó de término inhumano
Infamándola injusta y falsamente,
Pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme,
Que así Virgilio á Dido disfamáse,
Haciendo instancia todos en pedirme,
Que su vida y discurso les contáse:
Yo pensando tambien con divertirme
Que la cuerda al trabajo algo aflojáse,
Los quise complacer, y tambien quiero
Daros aquí razon de mí primero.

Cuento una vida casta, una fé pura
De la fama y voz pública ofendida,
En esta no pensada coyuntura
Por raro ejemplo y ocasion traida:

Y una falsa opinion que tantó dura
No se puede mudar tan de corrida,
Ni del rudo comun mal informado
Arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo
Cosa que sea de gusto, ni contento,
Sin dejar de picar siempre el caballo,
Ni del tiempo perder solo un momento
No pudiendo eximirme, ni escusallo
Por ser historia y agradable el cuento,
Quiero gastar en él si no os enfada
Este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,
Tan seco, tan estéril y desierto,
Y el estrecho camino que he seguido
A puros brazos del trabajo abierto,
A término me tienen reducido,
Que busco anchura y campo descubierto,
Donde con libertad sin fatigarme
Os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tiene sordo y atronado
El rumor de las armas inquieto,
Siempre en un mismo ser continuado
Sin mudar son, ni variar sujeto:
Por espaciar el ánimo cansado,
Y ser el tiempo cómodo y quieto,
Hago esta digresion, que acaso vino
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficcion impertinente
Que destruye una honra es bien oida,
Y á la Reina de Tiro injustamente
Infama y culpa su inculpable vida;
La verdad que es la ley de toda gente,
Por quien es en su honor restituida,
¿Por qué no debe ser siendo cantada
En cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
Demas de ser cual veis importunado,
Es el honor de la constante Dido
Inadvertidamente condenado:
Preste pues atencion y grato oido
Quien á oir la verdad es inclinado,
Que el mal ofende aun dicho en pasatiempo,
Y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fué fundada
Setenta años contados comunmente
Por Dido, ilustre Reina venerada
Por diosa un tiempo de la Tiria gente:
Del Rey Belo su padre fué casada
Con el sumo Pontífice asistente
Del gran templo de Alcides, el cual era
Despues del Rey la dignidad primera.

Este es aquel Siqueo ya nombrado
A quien Dido guardó la fé inviolable,
Varon sabio en sus ritos, y abastado
De bienes y tesoro inestimable:

Mas lo que para alivio habia llegado,
Fué causa de su muerte miserable;
Que enfin lo que codicia mucha gente
Ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
Uno Pigmaleon y el otro Dido,
A quien en los consejos postrimeros
Encargó la hermandad y amor unido:
Lo cual aunque duró los dias primeros,
De codicia el hermano corrompido
Por haber los tesoros del cuñado,
Le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió pues la muger su muerte tanto,
Que no bastando á resistir la pena,
Soltó con doloroso y fiero llanto
De lágrimas un flujo y ancha vena,
Y cubriendo de triste y negro manto
Los bellos miembros y la faz serena,
Con pompa funeral ceremoniosa
Dió al cuerpo sepultura suntuosa.

Y aunque del casto amor notable indicio
Fué el soberbio sepulcro y monumento,
No igualó en la grandeza el edificio
Al dolor de la Reina y sentimiento:
Que siempre con devoto sacrificio,
Y continuos sollozos y lamento
Llamando al sordo espíritu hacía
A las frias cenizas compañia.

Diciendo: ¿ es justo, dioses, que yo quede
En este solitario apartamiento?
Ay! que de tibia fé y amor procede
No acabar de matarme el sentimiento:
El mal no es grande que sufrir se puede,
Y corto al que no basta sufrimiento;
Mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
Porque dure el dolor mas que ella fuerte.

Aunque el odio y rencor disimulaba
Contra el pérfido hermano poderoso,
Venganza al cielo sin cesar clamaba
Con ira muda y con gemir rabioso:
Y cuando sola á ratos se hallaba,
Desfogando aquel ímpetu bascoso
Soltaba con un bajo son gimiendo
La reprimida rabia y voz diciendo:

¿Traidor, dime qué caso irremediable
Debajo de hermandad y ley fingida
A maldad te movió tan detestable
Contra tu misma sangre cometida?
Si fué sed de riquezas insaciable,
Quitárasle el tesoro y no la vida,
Templando tu impiedad y furia insana
El amor y respeto de tu hermana.

Si no miraste, ingrato, al beneficio,
Que dél como cuñado recibias,
Miráras al nefario sacrificio,
Que del hermano de tu madre hacias,

Y al malvado y horrendo maleficio
En tu pecho forjado tantos dias,
Pues no podrás decir que fué accidente,
Que nunca nadie es malo de repente.

Si de tu enorme intento y desatino
Me hubieras con indicios advertido,
No por tan duro y áspero camino
El tesoro alcanzáras pretendido:
Mas el mal cuando viene por destino
No puede ser á tiempo prevenido.
Ay! qué aprovecha el lamentarme ahora!
Que siempre es tarde ya cuando se llora.

¿Porqué, fiero enemigo, así quisiste
Dejarte arrebatar de tu deseo
Tan ciego de codicia, que no viste
Que matabas á Dido con Siqueo?
Materia de maldad al mundo diste
Con un hecho atrocísimo y tan feo,
Que durara en los siglos por memoria
De tu traicion la abominable historia.

¿Cabe en razon, es cosa permitida
Que siendo tú traidor, siendo tirano
Perverso, atroz, sacrílego, homicida,
Tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida
Mi crédito andará de mano en mano,
Padeciendo mi honor agravio injusto,
Que no dice la fama cosa al justo.

Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
Te irrito á que me sigas pues que huyo;
Si á mi marido en la fortuna sigo,
Todo lo que pretendès queda tuyo:
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,
Mancho la fama, y mi opinion destruyo;
Que en parte ya parece que consiente
Quien perdona ligera y fácilmente.

¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte?
Que el cielo ni la tierra no le tiene,
Y aquel forzoso y último mi suerte
Porque padezca mas, me le detiene:
Ay! que si ès malo desear la muerte,
Es peor el temerla si conviene,
Que no es pena el morir á los cuitados;
Sino fin de las penas y cuidados.

Mas ya que el ser tú Rey y recatado
La venganza legítima me impida,
Procuraré atajar tu fin dañado
Con muestra doble y hermandad fingida:
Y cuando pienses verte apoderado,
Quedarás con mi súbita partida
Sin hermana, tesoro, y sin derecho,
Y con la infamia del enorme hecho.

Así la triste Reina dolorosa
Sobre el rico sepulcro lamentando
Pasaba vida triste y soledosa
La venganza y el tiempo deseando;

Pero de alguna fuerza recelosa,
De su prudencia y discrecion usando
Doméstica, amorosa y blandamente
Al hermano escribió, que estaba ausente;

Haciéndole entender, que ya cansada
Del llanto y soledad que padecia,
En aquellos palacios y morada
Dó tuvo un tiempo alegre compañia,
De la triste memoria lastimada
Dando algun vado á su dolor, queria
Irse con él poniendo fin al lloro
Con todas sus riquezas y tesoro.

Para lo cual secreta y prestamente
Una fornida flota le embiáse,
Donde con todo su tesoro y gente
En arribando al puerto se embarcáse:
Porque con el seguro conveniente
El mar que estaba en medio atravesáse,
Que era solo el temido impedimento
De su esperado y último contento.

Llegada pues la nueva al ambicioso
Rey de aquello que tanto deseaba,
Viendo que al fin y puerto venturoso
Sus cosas la fortuna encaminaba:
Alegre mas que nunca y codicioso
Luego una gruesa flota despachaba
De naves y galeras bastecida
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada
Con presta y no pensada diligencia,
Dó la gente del Rey desembarcada
Fué luego á dar á Dido la obediencia:
Que mostrando placer de su llegada,
Con loable cuidado y providencia
Hizo luego hospedar toda la gente
Espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo la cuidosa Dido
A su gente mando que se apretáse,
Y con alarde y público ruido
Los empachados muebles embarcáse:
Haciendo que de noche y escondido
En su nave el tesoro se cargáse
Con tan grande secreto, que ninguno
Tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas
Llenas de gruesa arena y aplomadas,
De fuertes cerraduras guarnecidas
Con dobles planchas de metal herradas:
Estas fueron en público traidas
Donde á vista de todos embarcadas
Daban muestra que en ellas iba el oro,
Las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa con tierno sentimiento
Del lastimado pueblo se embarcaba,
Dando presto la vela al manso viento,
Que favorable en popa respiraba:

La nave con sereno movimiento
El llano y sosegado mar cortaba,
Comenzando á seguir toda la flota
De la alta Capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia
Corrió con viento próspero la armada,
Mas ya que el mar las costas encubria,
Y del todo se vió Dido engolfada,
La noble y obediente compañia
Al borde de su nave congregada
Hizo entorno allegar la demas gente,
Que á la vista tambien fuese presente;

Diciéndoles con pecho valeroso,
Que su designio y pretension no era
Ir al injusto hermano cauteloso,
De quien era enemiga verdadera,
Porque con trato y término alevoso
Debajo de hermandad y fé sincera,
Movido de sacrílego deseo
Habia dado la muerte á su Siqueo.

Por donde ella tambien no asegurada
De sus secretos fraudes y traiciones
Queria dejar la châra patria amada,
Su Reino, su morada y posesiones:
Y al mar dudoso y vientos entregada
Buscar nuevas provincias y regiones,
Adonde con seguro viviria
Lejos de su dominio y tirania.

Y pues que sus riquezas habian sido
La causa de su daño y perdimiento,
Matándole por ellas el marido,
Y lo serian quizá del seguimiento,
Todas consigo las habia traido
Con voluntad y resoluto intento
De echarlas en el mar dó pereciesen,
Porque jamas á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
Los cofres del arena barreados,
Y con alarde y auto manifiesto
En el profundo mar fueron lanzados:
Los ministros del Rey con triste gesto
Atónito, confusos, y turbados
Se miraban, teniendo por estraña
De la animosa Reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo,
Que mudos y espantados los tenia,
La furia del Rey mozo conociendo
Que el perdido tesoro aumentaria,
Suspensos y medrosos no sabiendo
Qué razon ó descargo bastaria
A que el airado Rey no los culpáse,
Y en ellos su furor no ejecutáse.

Pues como la entendida Reina viese
Camino y coyuntura aparejada,
Por dó á su devocion se redujese
La gente del hermano amedrentada:

Antes que el tiempo y la tardanza diese
Lugar á alguna novedad pensada,
Haciendo sosegar toda la gente
Les dijo prosiguiendo lo siguiente,

Amigos, que del firme intento mio
Habeis visto á los ojos ya la prueba,
Y como la fortuna á su albedrio
Errando por el ancho mar me lleva,
Podeis volver, si ya no es desvario,
A dar al Rey la desabrida nueva
Del tesoro anegado, y mi huida
A tierra y á region no conocida.

Pero ya conoceis por experiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo, ni disculpa,
Añadiendo malad y culpa á culpa.

Y pues es de temer la tirania,
Y el ímpetu de un mozo Rey airado,
Que así del châro Reino y patria mia
A buscar nuevas tierras me ha sacado:
Quien quisiere seguir mi compañia
No se verá de mí desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve,
Asíque pues sois sabios cada uno
Elija de dos males el mas leve,
Si al Rey volveis no ha de escapar ninguno;
Y este dolor y lástima me mueve
A quereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.

Las muertes figurad y crueldades,
Que en vosotros habrán de ejecutarse,
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse:
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que estan todos los bienes
Sugetos á peligros y vaivenes.

A las razones de la Reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron:
Alcabo aunque diversos los intentos
Todos de un parecer se resolvieron
De seguirla hasta el fin en su viage,
Dándole la obediencia y vasallage.

La fé con juramento establecida
Sin que ninguno dellos rehusáse,
Dando vela á la flota detenida
Mandó Dido que á Cipro enderezáse,

Donde graciosamente recibida
Como allí su designio declaráse,
Llevó del Ciprioto pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo.

Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será segun me siento
Dividir en dos partes este cuento.

—

LA ARAUCANA.

CANTO XXXIII.

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta como fundó á Cartago, y la causa por que se mató: tambien se contiene en este Canto la prision de Caupolican.

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio mas seguida,
De donde es el volver difícil cosa:
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y mas agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza:
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fué avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado:
Mayormente que entonces parecia
El Rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falsa y engañosa,
Que la que trae la muestra virtuosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo y diferente,
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente:
La Reina viento en popa navegaba
Como dije la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

Torció el curso á la diestra bordeando
De las vadosas Sirtes recelosa,
Y á vista de Licudia atravesando
Corrió la costa de Africa arenosa:
Y siempre tierra á tierra navegando
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Tunez con la armada
Por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo
De fructíferas plantas adornado,
Y el aire claro y el sereno cielo
Clemente al parecer y muy templado,

Perdido del hermano ya el recelo
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimiento
Haciendo en él su habitacion y asiento.

Para lo cual trató luego de hecho
Con los vecinos que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Cuanto un cuero de buey circundaria;
Los moradores viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la Reina en el precio convenidos
Hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueso buey, que desollado
Hizo estirar el cuero en su presencia:
Y en tiras sutilísimas cortado
Tanto trecho tomó, que á la prudencia
De la Reina sagaz y aviso estraño
Le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasia
Dejándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los suyos que trahia
Los ocultos tesoros escapados:
Que usado del ardid y astucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque cuando el hermano lo supiese
Faltando la ocasion no la siguiese,

Corregidas las faltas y defectos
Al órden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente Reina electos
Cónsules, magistrados, y oficiales:
Y traidos maestros arquitectos
Juntos los necesarios materiales
Dió principio la Reina valerosa
A la labor de la ciudad famosa.

Fué la ciudad por órden fabricada
Mostrándose los hados mas propicios,
En breve ennoblecida é ilustrada
De suntuosos y altos edificios:
Y la nueva república ordenada
Leyes instituyó creando oficios
Con que el pueblo en razon se mantuviese,
Y paz y órden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
Con que el pueblo obediente gobernaba,
Iba siempre el concurso en crecimiento,
Y los términos cortos dilataba:
Asíque que el trato y agradable asiento
Los ánimos y gustos provocaba,
Viniendo á avecindarse muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aun no habia
La invencion del papel despues hallada,
Que en pieles de animales se escribia,
Y era cualquiera piel carta llamada:

Del cual nombre aun usamos hoy en dia;
Así aquella ciudad edificada
En el lugar por una piel medido
De carta la llamó Cartago Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa,
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era cosa de ver maravillosa
El trato de las gentes y frecuencia:
Mostrando aquella Reina valerosa
En gobernar el pueblo tal prudencia,
Que muchos otros Príncipes y Reyes
De su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura
Que por diosa vinieron á tenella,
Ninguna de su tiempo en hermosura
Pudo ponerse al parangon con ella:
Asíque por milagro de natura
Como cosa no vista iban á vella,
Que no sé en las idólatras del suelo
A quien mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas huvo que animosas
Por la fama á la muerte se entregaron,
Otras que por hazañas milagrosas
Las opresas repúblicas libraron:
Pero todas perfectas tantas cosas
Como en Dido en ninguna se juntaron,
Fué rica, fué hermosa, fué castísima
Sabia, sagaz constante y prudentísima.

Llegó luego la voz desto al oido
Del franco Yarbas Rey Musilitano,
Mozo brioso y de valor, temido
En todo el ancho término Africano:
El cual con juvenil furia movido
De un impaciente y nuevo amor lozano,
A la Reina despacha Embajadores
De su consejo y Reino los mayores.

Pidiéndole que en pago del tormento
Que por ella pasaba cada hora,
Quisiese con felice casamiento
De su persona y Reino ser señora:
Donde no, que con justo sentimiento
Como de tan gran Rey despreciadora
Sobre ella con ejército vendria,
Y su gente y ciudad asolaria.

Hecha pues la embajada en el Senado,
Que no quiso le Reina estar presente,
Les fué á los Senadores intimado
El ruego y la amenaza juntamente:
Causóles turbacion, considerando
El casto voto y vida continente,
Que la constante Reina profesaba,
Que al intento de Yarbas repugnaba.

Luego qne los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio difícil adelante;

Asíque ante la Reina parecieron
Con triste rostro y tímido semblante,
Bajos los ojos, la color turbada,
Mostrando desplacer con la embajada,

Diciéndole: sabrás que habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento
Por la parlera fama encarecido,
Y desta tu ciudad el crecimiento:
De una loable pretension movido
Pide que sin algun detenimiento
Veinte de tu consejo mas instrutos
Vayan á reformar sus estatutos.

Y siendo de sufrir áspera cosa
Impropria á nuestra edad y profesiones,
Dejar la patria châra y paz sabrosa,
Por ir á incultas tierras y naciones
A corregir de gente sediciosa
Las costumbres y viejas condiciones,
Todos tus consejeros lo reusan,
Y con causas légitimas se escusan.

Viendo que el châro y último sosiego
Sin esperanza de volver perdemos,
Y no condecendiendo al ímpio ruego
En gran peligro la ciudad ponemos,
Pues con grueso poder y armada luego
Al indignado jóven Rey tendrémos,
Para asolar á hierro y fiera llama
Tu pueblo insigne y celebrada fama.

Esto es en suma lo que Yarbas pide
Con ruegos de amenaza acompañados,
Pero nuestra cansada edad lo impide,
Y las leyes nos hacen jubilados:
Pues no es razon si por razon se mide,
Que de largos trabajos quebrantados
Dejemos nuestras casas y manida
En el último tercio de la vida.

Si á los peligros en la edad primera
Por adquirir honor nos arrojamos,
Es bien que en la cansada postrimera
Gocemos del descanso que ganamos,
Y á nuestra abandonada cabecera
Al tiempo incierto del morir tengamos
Quien no cierre los ojos con ternura,
Y dé á nuestras cenizas sepultura.

Y pues tiene de ser en tu presencia
Esta perjudicial demanda puesta,
Conviene que con maña y advertencia
Te prevengas de medios y respuesta,
Atajando tu seso y providencia
El mal que el Mauritano Rey protesta,
De modo que la paz y amor conserves,
Y de nuevos trabajos nos reserves.

Estuvo atenta allí la Reina Elisa
A la compuesta habla artificiosa,
Y con alegre rostro y grave risa,
Aunque sentia en el ánimo otra cosa,

A todos los trató y miró de guisa
Tan agradable, blanda y amorosa,
que si en verdad la relacion pasára
De sus casas y quicios los sacára;

Diciendo: amigos châros, que á los hados
Jamas os ví rendidos vez alguna,
Y en los grandes peligros esforzados
Hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
En tan justa ocasion por solo una
Breve incomodidad de una jornada
Quereis ver vuestra patria arruinada?

Es á todos comun, á todos llano,
Que debe como miembro y parte unida
Poner por su ciudad el ciudadano
No solo su descanso, mas la vida,
Y por razon y por derecho humano
De justa deuda natural debida
A posponer el hombre está obligado
Por el sosiego público el privado.

Al alto y grande Júpiter pluguiera
Que bastára ofrecer la vida mia,
Que presto el judicioso mundo viera
Cuan voluntariamente la ofrecia:
Y pues habeis pasado la carrera
Por tan estrecha y trabajosa via,
No es bien que al rematar tan largo trecho
Borreis y deshagais cuanto habeis hecho.

Visto los Senadores como Dido
Por el camino de razon llevada
En el armado lazo habia caido
En sus mismas palabras enredada,
Cambiando en rostro alegre el afligido,
Las manos altas, y la voz alzada
Le dicen todos juntos: como estamos,
Tus urgentes razones aprobamos.

Justamente, señora, sentenciaste
Sacándonos de duda y grande aprieto,
Que no hay razon tan eficaz que baste
Contra la autoridad de tu decreto:
Y porque tiempo en esto no se gaste
Es bien que te aclaremos el secreto,
Pues por ningun respeto ni avenencia
Puedes contravenir á tu sentencia.

Sabrás Reina que Yarbas no te embia
Por tus ancianos viejos empedidos,
Que en todo buen gobierno y policía
Tiene su Reino y pueblos corregidos:
Solo quiere tu gracia y compañia,
Ofreciéndote en dote mil partidos
Con útiles y honrosas condiciones,
Y un infinito número de dones.

Advierte, que si acaso no acetares
El santo conjugal ayuntamiento,
Y con errado acuerdo despreciares
Su larga voluntad y ofrecimiento,

Harás que el hierro y llamas militares
Asuelen á Cartago de cimiento,
Asíque en tu eleccion, y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida.

Que si el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerse por la patria amiga,
Con mas razon y fuerza mas urgente
Como cabeza á tí la ley te obliga:
Y no puedes con causa suficiente
Dejar de redimir nuestra fatiga,
Dándonos con el tiempo prosperado
La sucesion y fruto deseado.

Cuando á seguir estes determinada
El casto infructuoso presupuesto,
Mira á tus pies esta ciudad postrada,
Y al inocente cuello el lazo puesto,
Que por tí renunció la patria amada
Debajo de promesa y de protesto,
Que al descanso y quietud que pretendrías
El sosiego comun antepondrias.

Sintió la Reina tanto al improviso
La gran demanda y condicion propuesta,
Que por mas que encubrir la pena quiso,
Della el rostro señal dió manifiesta:
Mas con su discrecion y grande aviso
Suspendiendo algun tanto la respuesta,
Soltó la voz serena y sosegada,
Que la gran turbacion tenia trabada.

Diciéndoles: amigos, yo quisiera,
Para que todo escándalo se evite,
Que responderos luego yo pudiera
Antes que Yarbas mas nos necesite:
Pero el negocio y caso es de manera,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto,
Aunque os parezca á todos que es honesto.

Que es mostrar liviandad, y demas deso
Falto á la obligacion y fé que debo,
Si del intento casto y voto expreso
A la primera persuasion me muevo,
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo,
Asíque combatida de contrarios
Son el tiempo y consejo necesarios.

Tres meses pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto,
Y dar satisfaccion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto:
Que el libertado vulgo maldiciente
Aun quiere calumniar lo que es honesto,
Y como instituidores de las leyes
Tienen mas ojos sobre sí los Reyes.

Yarbas no se dará por enemigo
En cuanto el fin de los tres meses llega,
Y pasado este término me obligo
De responderle grata á lo que ruega:

Tomar pues menos plazo del que digo
Mi honestidad y estimacion lo niega,
Y no conviene á Dido dar disculpa,
Que es indicio de error, y arguye culpa.

Cerróse aquí la Reina, y fué forzado
Hacer con los de Yarbas nuevo asiento,
Que aguardasen el tiempo señalado
Para determinar el casamiento:
Los cuales por el ruego del Senado,
Y el gracioso hospedaje y tratamiento
Quedaron en Cartago aquellos dias
Con grandes regocijos y alegrías

Y aunque el Senado en la demanda instaba
Por el provecho y general sosiego,
La Reina la respuesta dilataba
Dando gratos oidos á su ruego:
Y entre tanto en secreto aparejaba
Lo que tenia pensado desde luego,
Que era acabar la vida miserable
Primero que mudar la fé inmudable.

Llegado aquel funesto último dia
El pueblo en la ancha plaza congregado:
Ricamente la Reina se vestia
Subiendo en un esento y alto estrado,
Al pie del cual una hoguera habia
Para la imola y sacrificio usado,
De donde á los atentos circunstantes
Les dijo las palabras semejantes:

O fieles compañeros, que contino
En todos los trabajos lo mostrastes,
Que por seguir mis hados y camino
Vuestras casas y patria renunciastes:
Hoy la fortuna y áspero destino
Por el último fin de sus contrastes
Me fuerzan á dejar á costa mia
Vuestra châra y amable compañia.

Si apartarme de amigos tan leales
Hace esta mi partida dolorosa,
Los consultados dioses celestiales
No disponen, ni pueden otra cosa:
Y así por desviar los grandes males,
Que tienen á Cartago temerosa,
Pues ponen en mis manos el remedio,
Quiero quitar la causa de por medio.

Que pues del cielo el áspero decreto
De poder tener bien me inhabilita,
Y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
A quebrantar la fé me necesita,
Quiero cortar á Yarbas el sujeto
Del engañado amor que así le incita,
Dando á mi vida la fin. pues deste modo
Faltando la ocasion cesará todo.

Esto será con darme yo la muerte,
Y aunque os parezca este remedio estraño
Es mas fácil, mas breve, y menos fuerte,
Y enfin particular y poco el daño;

Pues sin peligro vuestro desta suerte
Saldrá el errado Yarbas de su engaño
Y yo conservaré con mas pureza
Del casto y viudo lecho la limpieza.

Hoy por el precio de una corta vida
La vejacion redimo de Cartago,
Dejando ejemplo y ley establecida,
Que os obligue á hacer lo que yo hago:
Y con mi limpia sangre aquí esparcida
Al cielo y á la tierra satisfago,
Pues muero por mi pueblo, y guardo entera
Con inviolable amor la fé primera.

No lamenteis mi muerte anticipada,
Pues el cielo la aprueba y solemniza,
Que una breve fati.a y muerte honrada
Asegura la vida y la eterniza:
Que si el cuchillo de la parca airada
Al que quiere vivir le atemoriza,
No os debe de pesar si Dido muere,
Pues vive el que se mata cuando quiere.

A Dios, á Dios, amigos, que ya os veo
Libres, y á mi marido satisfecho,
Y no les dijo mas con el deseo
Que tenia de acabar el fiero hecho:
Así llamando el nombre de S'queo
Se abrió con un puñal el casto pecho,
Dejándose caer de golpe luego
Sobre las llamas del ardiente fuego.

Fué su muerte sentida en tanto grado,
Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
Y en memoria del caso señalado
Un suntuoso templo le fundaron,
Donde con sacrificio y culto usado
Mientras las cosas prósperas duraron
De aquella su ciudad ennoblecida
Por diosa de la patria fué tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores
Muerta la memorable Reina Dido,
Por cien sabios ancianos senadores
De allí adelante el pueblo fué regido:
Y creciendo el concurso y moradores
Vino á ser poderoso y tan temido,
Que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
Le puso en gran trabajo y estrecheza.

Este es el cierto y verdadero cuento
De la famosa Dido disfamada,
Que Virgilio Maron sin miramiento
Falseó su historia y castidad preciada
Por dar á sus ficciones ornamento,
Pues vemos que esta Reina importunada
Pudiéndose casar y no quemarse,
Antes quemarse quiso, que casarse.

Iban todos atentos escuchando
El estraño suceso peregrino,
Cuando al Fuerte llegamos acabando
La historia juntamente y el camino:

Y en él aquella noche reposando
Venida la mañana nos convino
Procurar de tener con diligencia
Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un Indio que acaso inadvertido
Fué de una escolta nuestra prisoniero,
Hombre en las nuestras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de pies ligero,
Con promesas y dádivas vencido
Dijo: yo me resuelvo y me prefiero
De daros llanamente hoy en la mano
Al grande general Caupolicano.

En un áspero bosque y espesura
Nueve millas de Ongolmo desviado
Está en un sitio fuerte por natura
De ciénagas y fosos rodeado:
Donde por ser la tierra tan segura
Anda de solos diez acompañado,
Hasta que vuestra próspera creciente
Aplaque el gran furor de su corriente.

Por una estrecha y desusada via
Sin que pueda haber dello sentimiento,
Seré en la noche escura yo la guia,
Llevando vuestra gente en salvamento:
Y antes que se descubra el claro dia
Dareis en el oculto alojamiento,
Donde cumplir del todo yo me obligo
Pena de la cabeza lo que digo.

Fué la razon del mozo bien oida
Viéndole en su promesa tan constante,
Y así luego una escuadra prevenida
De gente experta y número bastante,
Para toda sospecha apercibida,
Llevando al Indio amigo por delante
Salió á la prima noche en gran secreto
Con paso largo y caminar quieto.

Por una senda angosta é intrincada
Subiendo grandes cuestas y bajando
Del solícito bárbaro guiada
Iba á paso tirado caminando:
Mas la escura tiniebla adelgazada
Por la vecina Aurora reparando,
Junto á un arroyo y pedregosa fuente
Volvió el Indio diciendo á nuestra gente:

Yo no paso adelante, ni es posible
Seguir este camino comenzado,
Que el hecho es grande y el temor terrible
Que me detiene el paso acobardado,
Imaginando aquel aspecto horrible
Del gran Caupolican contra mí airado
Cuando venga á saber que solo he sido
El soldado traidor que le ha vendido.

Por este arroyo arriba, que es la guia
Aunque sin rastro alguno, ni vereda,
Dareis presto en el sitio y rancheria,
Que está en medio de un bosque y arboleda;

Y antes que aclare ya el vecino dia,
Os dad priesa á llegar, porque no pueda
La centinela descubrir del cerro
Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
Dejandoos como os dejo en este puesto,
Adonde salvamente os he traido
Poniéndome á peligro manifiesto:
Y pues al punto justo habeis venido
Os conviene dar priesa y llegar presto,
Que es irrecuperable y peligrosa
La pérdida del tiempo en cualquier cosa.

Y si sienten rumor desta venida,
El sitio es ocupado y peñascoso,
Fácil y sin peligro la huida
Por un derrumbadero montuoso:
Mirad que os daña ya la detenida,
Seguíd hoy vuestro hado venturoso,
Que menos de una legua de camino
Teneis al enemigo ya vecino.

No por caricia, oferta, ni promesa
Quiso el Indio mover el pie adelante,
Ni amenaza de muerte, ó vida ó presa
A sacarle del tema fué bastante:
Y viendo el tiempo corto, y que la priesa
Les era á la sazon tan importante,
Dejándole amarrado á un grueso pino
La relacion siguieron y camino.

Alcabo de una milla y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrío
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pagizo y gran bohío:
La plaza enrededor fortificada
Con un despeñadero sobre el rio,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas, casillas, ranchos, y cabañas.

La centinela en esto descubriendo
De la punta de un de cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado general valiente:
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente,
Saltando el fiero bárbaro á la puerta:
Que ya á aquella sazon estaba abierta

Mas viendo el paso entorno embarazado,
Y el presente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida:
Y alzándole á dos manos empinado
Por dalle mayor fuerza á la caida,
Topó una viga arriba atravesada
Dó la punta encarnó y quedó trabada.

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante acercándose á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo penetrando
Los músculos y carne descubierta:

En esto el paso el Indio retirando
Visto el remedio y la defensa incierta;
Amonestó á los sayos que se diesen,
Y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas requiriendo
Que entrasen en la estancia, asegurados
Que eran pobres soldados, que huyendo
Andaban de la guerra amedrentados:
Y así con priesa y turbacion temiendo
Ser de los foragidos salteados,
A la ocupada puerta habia salido
De las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia,
Que rendidas las armas se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia:
Todos atras las manos los ataron
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al Capitan disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado.

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linage;
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personage:
Gastóse algun espacio y tiempo en esto
Tomando de los otros mas lenguage,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grita usada,
Que rancho, casa y choza no quedaba,
Que no fuese deshecha y saqueada:
Cuando de un toldo que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada
Se arroja una muger huyendo apriesa
Por lo mas agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho,
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intrincado el paso y muy estrecho,
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande estremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta no entendiendo
Que era presa y muger tan importante:
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Cuando la triste Palla descubriendo
Al marido que preso iba adelante
De sus insignias y armas despojado
En el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca muger dió allí la muestra,
Antes de furia y viva rabia llena
Con el hijo delante se le muestra

Diciendo : la robusta mano agena
Que así ligó tu afeminada diestra ,
Mas clemencia y piedad contigo usára
Si ese cobarde pecho atravesára.

¿ Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hacias
Las remotas naciones mas estrañas ?
Eres tú el Capitan que prometias
De conquistar en breve las Españas,
Y someter el Artico emisferio
Al yugo y ley del Araucano Imperio ?

Ay de mí ! cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia muger del gran Caupolicano :
Y agora miserable y desdichada
Todo en un punto me ha salido envano,
Viéndote prisionero en un desierto
Pudiendo haber honradamente muerto.

¿ Qué son aquellas pruebas peligrosas,
Que así costaron tanta sangre y vidas ?
Las empresas difíciles dudosas
Por tí con tanto esfuerzo acometidas ?
¿ Qué es de aquellas victorias gloriosas
Desos atados brazos adquiridas ?
Todo al fin ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto.

¿ Dime, faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa ?
¿ No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriosa ?
Miráras á esta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa,
Que yo apenas la nueva me viniera
Cuando muriendo alegre te siguiera.

Toma, toma tu hijo, que era el nudo
Con que el lícito amor me habia ligado,
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos han secado :
Cria, criale tú, que ese membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado,
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.

Diciendo esto colérica y rabiosa
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante :
Enfin por abreviar, ninguna cosa
De ruegos, ni amenazas fué bastante
A que la madre ya cruel volviese,
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzaron
A dar la vuelta y á seguir la via,
Por la cual á gran priesa caminaron
Recobrando al pasar la fida guia,

Que atada al tronco por temor dejaron,
Y en larga escuadra al declinar del dia
Entraron en la plaza abanderada,
Con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los Indios diligencia,
Porque con mas certeza se supiese
Si era Caupaulican, que su aparencia
Daba claros indicios que lo fuese:
Pero ni ausente dél, ni en su presencia
Huvo entre tantos uno que dijese
Que era mas que un incógnito soldado
De baja estofa y sueldo moderado.

Aunque algunos despues mas animados
Cuando en particular los apartaban,
De su cercana muerte asegurados
El sospechado engaño declaraban:
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retrataban,
Negando la verdad ya comprobada
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse al cabo no podia
Dejando aquel remedio infructuoso
Quiso tentar el último que habia:
Y así llamando al Capitan Reynoso,
Que luego vino á ver lo que queria,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

LA ARAUCANA.

CANTO XXXIV.

Habla Caupolican á Reynoso, y sabiendo que ha de morir se vuelve cristiano : muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado : los Araucanos se juntan á la eleccion del nuevo General : manda el Rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

O Vida miserable y trabajosa
A tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca huvo ninguno sin caida :
¿ Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento,
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado :
Anibal desto buen ejemplo ha sido,
Y el Consul que en Farsalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso Capitan y gran guerrero,
Que en el término Américo Indiano
Tuvo en las armas el lugar primero:
Mas cargóle fortuna así la mano
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caida.

El cuâl reconociendo que su gente
Vacilando en la fé titubeaba,
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reynoso claramente:
Que venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:

Si á vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,
Y si esta mi caida hubiera sido
Debajo de hombre y Capitan indino,
No tuviera el brazo así desfallecido,
Que no abriera á la muerte yo camino
Por este proprio pecho con mi espada
Cumpliendo el curso y mísera jornada.

Mas juzgándote digno, y de quien puedo
Recibir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo
Luego que á mí me fuere concedida:

Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida,
Y en mí por experiencia he ya probado
Cúan mal le está el vivir á un desdichado.

Yo soy Caupolican, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien dèl Araucano Señorio
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrio,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Puren desmantelado,
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado:
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado
Me ponen á tus pies á que te pida
Por un muy breve término la vida.

Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona mas, es mas clemente,
Y si á venganza la pasion te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente:
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente,
Y si en darme la muerte estás ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.

No pienses que aunque muera aquí á tus
Ha de faltar cabeza en el Estado, [manos
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado:
Y pues conoces ya á los Araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error sería
Yendo tan cuesta abajo ya la mia.

Mira que á muchos vences en vencerte,
Frena el ímpetu y cólera dañosa,
Que la ira examina al varon fuerte,
Y el perdonar venganza es generosa:
La paz comun destruyes con mi muerte,
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual estan á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

Aspira á mas, y á mayor gloria atiende,
No quieras en poca agua así anegarte,
Que lo que la fortuna aquí pretende
Solo es que quieras della aprovecharte:
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sinó un cuerpo de un hombre sin provecho.

Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera, ó Capitan, satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Rematáras aquí mi triste suerte:

Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y mas en este tiempo, que la mia
La paz universal perturbaria.

Y pues por la experiencia claro has visto,
Que libre y preso, en público y secreto
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto,
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al Rey Felipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere;
Que yo sé que el ejército y Senado
En todo aprobarán lo que hiciere:
Y el plazo puesto y término pasado
Podré tambien morir si no cumpliere,
Escoge lo que mas te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.

No dijo el Indio mas, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida, ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia:
Que por mas que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando aunque vencido y preso en todo
Cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo he escrito,
Con mas rigor y priesa que advertencia
Luego á empalar y asaetearle vivo
Fué condenado en pública sentencia:
No la muerte y el término excesivo
Causó en su gran semblante diferencia,
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fé y conocimiento
Se quiso bautizar y ser cristiano:
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo Castellano,
Con grande admiracion de todas gentes,
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice dia,
Que con solemnidad le bautizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitia
En la fé verdadera le informaron:
Cercado de una gruesa compañia
De bien armada gente le sacaron
A padecer la muerte consentida
Con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, á pie, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo
De la cual el verdugo iba tirando,

Cercado entorno de armas, y el menudo
Pueblo detras mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba;

Desta manera pues llegó al tablado,
Que estaba un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado
De todas partes á la vista esento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado
Sin mudanza y señal de sentimiento
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto revolviendo
A un lado y á otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente,
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse el mismo al palo donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada
Con un semblante tal, que parecia
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: pues el hado y suerte mia
Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hay grande si es postrero.

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro Gelofo mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido:
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demas habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:

¿Cómo? qué en cristiandad y pecho honrado
Cabe cosa tan fuera de medida,
Que á un hombre como yo tan señalado
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir al mas culpado,
Que al fin todo se paga con la vida,
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza y no castigo.

¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfia,
Que usada á nuestras míseras gargantas
Cercenára de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá, que bruta mano
Toque al gran General Caupolicano.

Esto dicho, y alzando el pie derecho
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho
Le echó rodando abajo mal herido:

Reprehendido el impaciente hecho,
Y del súbito enojo reducido,
Le sentaron despues con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante
Por mas que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo fué bastante
A qué al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio, ni ceja retorciese
Sosegado quedó, de la manera
Que si sentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban,
Treinta pasos de trecho desviados
Por órden y despacio le tiraban:
Y aunque en toda maldad ejercitados
Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna cruel que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia
Forzando el curso le traía derecho,
Y en breve sin dejar parte vacía
De cien flechas quedó pasado el pecho
Por dó aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
Al mas cruel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, señor, no estuve yo presente:
Que á la nueva conquista habia partido
De la remota y nunca vista gente,
Que si yo á la sazon allí estuviera
La cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los hojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle,
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle:
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dejar de respetarle,
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominiosa
Causando alteracion y movimiento:
Luego la turba incrédula y dudosa
Con nueva turbacion y desatiento
Corre con priesa y corazon incierto
A ver si cra verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba
Del contorno y distrito comarcano,
Que en ancha y apiñada rueda estaba
Siempre cubierto el espacioso llano:

Crédito allí á la vista no se daba,
Si ya no le tocaban con la mano,
Y aun tocado despues les parecia,
Que era cosa de sueño ó fantasia.

No la afrentosa muerte impertinente
Para temor del pueblo ejecutada
Ni la falta de un hombre así eminente
En que nuestra esperanza iba fundada,
Amedrentó, ni acobardó la gente,
Antes de aquella injuria provocada
A la cruel satisfacion aspira
Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobrio recibido,
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y baston ya pretendido,
Antes que sosegáse la tardanza
El ánimo del pueblo removido
Daban calor y fuerzas á la guerra
Incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la braveria
De Tucapel, de Rengo, y Lepomande,
Orompello, Lincoya, y Lebopia,
Puren, Cayopil, y Mareande,
En un espacio largo no podria,
Y fuera menester libro mas grande,
Que cada cual con hervoroso afecto
Pretende allí y aspira á ser electo.

Pero el Cacique Colocolo viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sabio conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo
Les hizo mensageros diligentes,
Para que se juntasen á consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban,
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron:
Otros que á otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sabio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen
Solos á la ligera sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algun indicio,
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que con industria y artificio
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado
En un cómodo valle y escondido
La convocada gente del Senado
Al término llegó constituido:

Y entre ellos Tucapel determinado
Dó por bien ó por mal ser elegido;
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambicion los corazones,
Brotar el odio antiguo y competencia,
Variar los designios y opiniones
Sin manera ó señal de convenencia,
Fundando cada cual su desvario
En la fuerza del brazo y albedrio.

Entrados como digo en el Consejo
Los Caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo
Segun su antigua preeminencia armados:
Colocolo sagaz y cauto viejo
Viéndolos en los rostros demudados,
Aunque aguardaba á la sazon postrera
Adelantó la voz desta manera:

Pero si no os cansais, señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero,
Y volver el designio á nuestro Polo:
Que aunque á deciros mucho me prefiero,
El sujeto que tomo basta solo
A levantar mi baja voz cansada
De materia hasta aquí necesitada.

Mas si me dais licencia yo querria,
Para que mas á tiempo esto refiera,
Alcanzar si pudiese á don Garcia,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado Reino habia
Reformado los pueblos de manera,
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarrica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran Volcan vecino,
Fragua segun afirman de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino:
De allí volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra al cabo vino
Al ancho lago y gran desaguadero
Término de Valdivia y fin postrero;

Donde tambien llegué, que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las mas ciudades convocadas
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas:
Y así el tumulto bélico creciendo
En sordo son confuso ribombaba,
Y el vecino contorno amedrentaba.

Que arrebatado del ligero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos Indios el oido:

Los cuales con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el escuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que rasgando el cielo
Baja tronando envuelto en llama ardiente,
Ni terremoto cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entraban
Destruyendo ganados y comidas
Quién que la tierra y pueblos saqueaban
Privando á los Caciques de las vidas,
Quién que á las nobles dueñas deshonraban,
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros insultos y maldades
Sin reservar lugar, sexo, ni edades.

Crece el desórden, crece el desconcierto
Con cada cosa que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Cuanto el triste temor les representa,
Solo el salvarse les parece incierto,
Y esto los atribula y atormenta,
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen, y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dejó en ella lugar desocupado
Por donde la razon halláse entrada:
El atónito pueblo reportado
Su total perdicion considerada
Se junta á consultar en este medio
Las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunçonabala plático soldado,
Persona de valor y entendimiento,
En la Araucana escuela dotrinado,
Que por cierta cuestion y acaecimiento
De su tierra y parientes desterrado
Se redujo á doméstico ejercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confusion que habia,
Pues sin oir trompeta, ni ver gente
Le espantaba su misma voceria:
En un lugar capaz y conveniente
Junta tota la noble compañia,
Sosegado el rumor y alteraciones
Les comenzó á decir estas razones.

Escusado es, amigos, que yo os diga
El peligroso punto en que nos vemos
Por esta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto á las puertas la tenemos:

Pues el temor, que á todos nos fatiga
Nos apremia y constriñe á que entreguemos
La libertad y casas al tirano,
Dándole entrada libre y paso llano.

¿A qué fosado muro, ó antepecho,
A qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
Os podreis retirar en este estrecho,
Que baste sola un hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro, y mostrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge este furia repentina
Sin armas, Capitan, ni disciplina.

Que estos barbudos crueles terribles
Del bien universal usurpadores
Son fuertes, poderosos, invincibles,
Y en todas sus empresas vencedores:
Arrojan rayos con estruendo horribles,
Pelean sobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De solo el pensamiento gobernados.

Y pues contra sus armas y fiereza
Defensa no teneis de fuerza ó muro,
La industria ha de suplir nuestra flaqueza,
Y prevenir con tiempo el mal futuro:
Que mostrando doméstica llaneza
Les podeis prometer paso seguro
Como á nacion vecina y gente amiga,
Que la promesa en daño á nadie obliga.

Haciendo en este tiempo limitado
Retirar con silencio y buena maña
La ropa, provisiones, y ganado
Al último rincon de la montaña:
Dejando el alimento tan tasado,
Que vengan á entender que esta campaña
Es estéril, es seca, y mal templada
De gente pobre y mísera habitada.

Porque estos insaciables avarientos
Viendo la tierra pobre y poca presa
Sin duda mudarán los pensamientos
Dejando por inútil esta empresa,
Y la falta de gente y bastimentos
Los echará deste distrito apriesa
Guiados por la breña y gran recuesto,
De dó quizá no volverán tan presto.

Teneis de Ancud el paso y estrecheza
Cerrado de peñascos y jarales,
Por dó quiso impedir naturaleza
El trato á los vecinos naturales,
Cuya espesura grande y aspereza
Aun no pueden romper los animales,
Y las aves alígeras del cielo
Sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

Llevados por aquí sin duda creo
Que viendo el alto monte peligroso
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atras el paso presuroso;

Y si quieren buscar algun rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dejando esta region por miserable
Libre de su insolencia intolerable.

Y aunque la libertad y vida mia
Sé que corre peligro en el viage,
Con rústica y desnuda compañia
Salir quiero á encontrarlos al pasage:
Y fingiendo ignorancia y alegria
Vestido de grosero y pobre trage
Ofrecerles he en don una miseria,
Que arguya y dé á entender nuestra laceria.

Quizá viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra, y mísero tributo,
El linage de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resoluto,
Que es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios á otra parte.

No acabó su razon el Indio cuando
Se levantó un rumor entre la gente,
El parecer á voces aprobando
Sin mostrarse ninguno diferente:
Y así la ejecucion apresurando
En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efecto retirados
Los muebles, vituallas, y ganados.

Ya el Español con la presteza usada
Al último confin habia venido ,
Dando remate á la postrer jornada
Del límite hasta allí constituido :
Y puesto el pie en la raya señalada
El presuroso paso suspendido ,
Dijo , si ya escucharlo no os enoja ,
Lo que el Canto dirá vuelta la hoja.

LA ARAUCANA.

CANTO XXXV.

Entran los Españoles en demanda de la nueva tierra: sáleles al paso Tunconabala, persuadeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos.

Qué cerros hay que el interes no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
Qué pecho fiel, qué voluntad tan sana
Que este no la inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay órden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada, ni cerrada puerta
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el ñudo y vínculo mas fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades
Tropella á la razon, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frio,
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Trujo, sin descansar tantos soldados,
Y por vias estériles remotas
Del interes incitador llevados
Piensan escudriñar cuanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije, que don Garcia habia arribado
Con prática y lucida compañia
Al término de Chile señalado,
De dó nadie jamas pasado habia:
Y en medio de la raya el pie afirmado,
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dijo fueron tales:

Nacion, á cuyos pechos invencibles
No pudieron poner impedimentos
Peligros y trabajos insufribles,
Ni airados mares, ni contrarios vientos,
Ni otros mil contrapuestos imposibles,
Ni la fuerza de estrellas, ni elementos,
Que rompiendo por todo habeis llegado
Al término del orbe limitado:

Veis otro nuevo mundo, que encubierto
Los cielos hasta agora le han tenido
El difícil camino y paso abierto
A solo vuestros brazos concedido:

Veis de tanto trabajo el premio cierto,
Y cuanto os ha fortuna prometido,
Que siendo de tan grande empresa autores
Habeis de ser sin límite señores.

Y la parlera fama discurriendo
Hasta el extremo y término postrero,
Las antiguas hazañas refiriendo
Pondrá esta vuestra en el lugar primero:
Pues en dos largos mundos no cabiendo
Venís á conquistar otro tercero,
Donde podrán mejor sin estrecharse
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

Y pues es la sazon tan oportuna,
Y poco necesarias las razones,
No quiero detener vuestra fortuna,
Ni gastar mas el tiempo en oraciones:
Sús, tomad posesion todos á una
Desas nuevas provincias y regiones,
Donde os tienen los hados á la entrada
Tanta gloria y riqueza aparejada.

Luego pues de tropel toda la gente
A la plática apenas detenida
Pisó la nueva tierra libremente
Jamas del estrangero pie batida:
Y con órden y paso diligente
Por una angosta senda mal seguida
En larga retahila y ordenada
Dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias
De solo el tino por el sol guiados,
Abriendo pasos y cerradas vias
Rematadas en riscos despeñados:
Las mentirosas fugitivas guias
Nos llevaron por partes engañados,
Que parecia imposible al mas gigante
Poder volver atras, ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
Contra su curso el sol hácia el poniente
Al mundo cuatro vueltas habia dado
Calentando del pez la húmida frente,
Cuando al bajar de un áspero collado
Vimos salir diez Indios de repente
Por entre un arcabuco y breña espesa
Desnudos en monton trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
Cubiertos de un espeso y largo vello,
Pañetes cortos de cordel ceñidos,
Altos de pecho, y de fornido cuello,
La color y los ojos encendidos,
Las uñas sin cortar, largo el cabello,
Brutos campestres, rústicos salvages
De fieras catadura y visages.

Venia un robusto viejo el delantero,
Al cual el medio cuerpo le cubria
Un roto manto de sayal grosero,
Que mísera pobreza prometia:

Este pues como dije allá primero
Era Tunconabal, que pretendia
Mudar nuestros designios y opiniones
Con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos recelando
Ser gente de montaña fugitiva;
Mas ellos nuestros pasos atajando
Venian á mas andar la cuesta arriba,
Y al pie de una alta peña reparando
Por dó un quebrado arroyo se derriba
Todos nos aguardaron sin recelo
Puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces, y en estraña
Lengua de nuestro intérprete entendida,
Dijo: ¡ó gente infeliz, á esta montaña
Por falso engaño y relacion traida,
Dó la serpiente y áspera alimaña
Apenas sustentar pueden la vida,
Y donde el hijo bárbaro nacido
Es de incultas raices mantenido!

¿Qué informacion siniestra, qué noticia
Incita así vuestro ánimo invencible?
Qué dañado consejo, ó qué malicia
Os ha facilitado lo imposible?
Frenad aunque loable esa codicia,
Que la empresa es difícil y terrible,
Y vais sin duda todos engañados
A miserable muerte condenados.

Que cuando no encontreis gente de guerra,
Que os ponga en el pasage impedimento,
Hallareis una sierra y otra sierra,
Y una espesura y otra, y otras ciento,
Tanto que la aspereza de la tierra
Por la falta de yerba y nutrimento
Y contagion del aire no consiente
En su esterilidad cosa viviente.

Y aunque me veis en bruto transformado
A la silvestre vida reducido,
Sabed, que ya en un tiempo fuí soldado,
Y que tambien las armas he vestido:
Así que por la ley que he profesado
Viendo que va este ejército perdido
La lástima me mueve à aconsejaros,
Que sin pasar de aquí querais tornaros.

Que estas yermas campañas y espesuras
Hasta el frígido Sur continuadas
Han de ser el remate y sepulturas
De todas vuestras prósperas jornadas:
Mirad destos salvages las figuras
De quien son como fieras habitadas,
Y el fruto que nos dan escasamente
Del cual os traigo un mísero presente.

En esto de un fardel de ovas marinas
A la manera de una red tejidas
Sacó diversas frutas montesinas
Duras, verdes, agrestes, desabridas,

Carne seca de fieras salvaginas,
Y otras silvestres rústicas comidas,
Langosta al sol curada, y lagartijas
Con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y la estrañeza
De aquella gente bárbara notable,
La gran selvatiquez y rustiqueza,
El fiero aspecto y término intratable:
La espesura de montes y aspereza,
Y el fruto de aquel suelo miserable,
Tierra yerma, desierta, y despoblada
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí si prosiguiendo
La tierra era adelante montuosa,
Respondiónos el viejo sonriyendo,
Ser mas áspera, dura, y mas fragosa:
Y que así la montaña iba creciendo,
Que era imposible y temeraria cosa
Romper tanta maleza y espesura
Puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
Que era de proseguir siempre adelante,
Y que el fingido aviso malicioso
A volvernos atras no era bastante,
Con un afecto tierno y amoroso
Mostrando en lo exterior triste semblante
Puesto un rato á pensar afirmó cierto
Haber cerca otro paso mas abierto.

Que por la banda diestra del poniente
Dejando el monte del siniestro lado
Habia un rastro cursado antiguamente
Por la nacida yerba ya borrado,
Por dó podia pasar salva le gente
Aunque era el trecho largo y despoblado,
Para lo cual él mismo nos daria
Una prática lengua y fida guia.

Fué de nosotros esto bien oido,
Que alguna gente estaba ya dudosa,
Y el donoso presente recibido,
Tambien la recompensa fué donosa:
Un manto de algodon rojo teñido,
Y una poblada cola de raposa,
Quince cuentas de vidrio de colores
Con doce cascabeles sonadores.

La dádiva del viejo agradecida
Por ser joyas entre ellos estimadas,
Y la guia solícita venida
Con todas las mas cosas aprestadas.
Pusimos en efecto la partida
Siguiéndonos los Indios dos jornadas,
Dando vuelta despues por otra senda
Dejándonos el Indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando
Gran riqueza, ganado, y poblaciones,
Los ánimos estrechos ensanchando
Con falsas y engañosas relaciones,

Diciendo : cuando Febo volteando
Seis veces alumbráre estas regiones,
Os prometo so pena de la vida
Henchir del apetito la medida.

No sabré encarecer nuestra altiveza,
Los ánimos briosos y lozanos,
La esperanza de bienes y riqueza,
Las vanas trazas y discursos vanos :
El cerro, el monte, el risco y la aspereza
Eran caminos fáciles y llanos,
Y el peligro y trabajo exorbitante
No osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,
Fabricando en los llanos pensamientos
Máquinas levantadas y quimeras :
Así ufanos, alegres y contentos
Pasamos tres jornadas las primeras ;
Pero á la cuarta al tramontar del dia
Se nos huyó la temerosa guia.

El mal indicio, la sospecha cierta
Los ánimos turbó mas esforzados,
Viendo la falsa trama descubierta,
Y los trabajos ásperos doblados :
Mas aunque sin camino y en desierta
Tierra del gran peligro amenazados,
Y la hambre y fatiga todo junto
No puno detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo
Siempre mas arcabucos y breñales,
La cerrada espesura y paso abriendo
Con hachas, con machetes, y destrales:
Otros con pico y azadon rompiendo
Las peñas y arraigados matorrales,
Dó el caballo ostigado y receloso
Afirmáse seguro el pie medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos
Quiso empedir el paso la natura,
Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen el altura:
Ni entre tantos peñascos y pantanos
Mezcló tanta maleza y espesura
Como en este camino defendido
De zarzas, breñas, y árboles tejido.

Tambien el cielo encontra conjurado
La escasa y turbia luz nos encubria
De espesas nubes lóbregas cerrado,
Volviendo en tenebrosa noche el dia:
Y de granizo y tempestad cargado
Con tal furor el paso defendia,
Que era mayor del cielo ya la guerra,
Que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban
En las hondas malezas sepultados,
Otros ayuda, ayuda voceaban
En húmidos pantanos atascados:

Otros iban trepando, otros rodaban
Los pies, manos, y rostros desollados,
Oyendo aquí y allí voces envano
Sin poderse ayudar, ni dar la mano.

Era lástima oir los alaridos,
Ver los impedimentos y embarazos,
Los caballos sin ánimo caidos,
Destroncados los pies, rotos los brazos,
Nuestros sencillos débiles vestidos
Quedaban por las zarzas á pedazos,
Descalzos y desnudos, solo armados,
En sangre, lodo, y en sudor bañados.

Y demas del trabajo incomportable
Faltando ya el refresco y bastimento,
La aquejadora hambre miserable
Las cuerdas apretaba del tormento:
Y el bien dudoso, y daño indubitable,
Desmayaba la fuerza y el aliento.
Cortando un dejativo sudor frio
De los cansados miembros todos el brio.

Pero luego tambien considerando
La gloria que el trabajo aseguraba,
El corazon los miembros reforzando
Cualquier dificultad menospreciaba:
Y los fuertes opuestos contrastando
Todo lo por venir facilitaba,
Que el valor mas se muestra y se parece
Cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues nuestro ejército rompiendo
De solo la esperanza alimentado,
Pasaba á puros brazos descubriendo
El encubierto cielo deseado:
Ibanse ya las breñas destejiendo,
Y el bosque de los árboles cerrado
Desviando sus ramas intrincadas
Nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta
La entrada de la luz desocupando,
El yerto risco y empinada cuesta
Iban sus altas cumbres allanando:
La espesa y congelada niebla opuesta
El grueso vapor húmido exhalando
Así se aldelgazaba y esparcia,
Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
Abriendo á hierro el empedido paso,
Que en todo aquel discurso no tuvimos
Dó poder reclinar el cuerpo laso:
Al fin una mañana descubrimos
De Ancud el espacioso y fértil raso,
Y al pie del monte y áspera ladera
Un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado
De innumerables islas deleitosas,
Cruzando por el uno y otro lado
Góndolas y piraguas presurosas:

Marinero jamas desesperado
En medio de las olas fluctuosas
Con tanto gozo vió el vecino puerto,
Como nosotros el camino abierto.

Luego pues en un tiempo arrodillados
Llenos de nuevo gozo y de ternura
Dimos gracias á Dios, que así escapados
Nos vimos del peligro y desventura:
Y de tantas fatigas olvidados
Siguiendo el buen suceso y la ventura
Con esperanza y ánimo lozano
Salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
El cojo, el manco, el débil, el tullido,
El desnudo, el descalzo, el desgarrado,
El desmayado, el flaco, el deshambrido
Quedó sano, gallardo, y alentado,
De nuevo esfuerzo, y de valor vestido,
Pareciéndole poco todo el suelo,
Y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo á la bajada
De la ribera en partes montuosa
Hallamos la frutilla coronada,
Que produce la murta virtuosa:
Y aunque agreste, montes, no sazonada,
Fué á tan buena sazon, y tan sabrosa,
Que el celeste maná y ollas de Egipto
No movieran mejor nuestro apetito.

Cual banda de langostas embiadas
Por plaga á veces del linage humano,
Que en las espigas fértiles granadas
Con un sordo rozar no dejan grano:
Así pues en cuadrillas derramadas
Suelta la gente por el ancho llano
Dejaba los murtales mas copados
De fruta, rama, y hoja despojados.

A puñados la fruta unos comian
De la hambre aquejados importuna,
Otros ramos y hojas engullian,
No aguardando á cogerla una por una:
Quién huye al repartir la compañía
Buscando en lo escondido parte alguna
Dónde comer la rama desgajada
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas cuando
Salen al campo del corral cerrado,
Aquí y allí solícitas buscando
El trigo de la trox desperdiciado,
Que con los pies y picos escarbando
Halla alguna el regojo sepultado,
Y alzándose con él puesta en huida
Es de las otras luego perseguida:

Así aquel que arrebata buena parte
Deste y de aquel aquí y allí seguido,
Huyendo se retira luego en parte
Donde pueda comer mas escondido:

Ninguno si algo alcanza lo reparte,
Que no era tiempo aquel de ser partido,
Ni allí la caridad aunque la habia
Estenderse á los próximos podia.

Estando con sabor desta manera
Gustando aquella rústica comida,
Llegó una corba góndola ligera
De doce largos remos impelida,
Que zabordando recio en la ribera
La chusma diestra y gente apercibida,
Saltaron luego en tierra sin recato
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quien es la gente,
Y la causa de haber así arribado,
No puedo aquí deciroslo al presente,
Que estoy del gran camino quebrantado:
Así para sazon mas conveniente
Será bien que lo deje en este estado,
Porque pueda entretanto repararme,
Y os dé menos fastidio el escucharme.

LA ARAUCANA.

CANTO XXXVI.

Sale el Cacique de la barca á tierra, ofrece á los Españoles todo lo necesario para su viage, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del archipiélago: atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados: vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la Ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
Que las juzga por fábula la gente,
Y tanto cuanto son maravillosas
El que menos las cuenta es mas prudente:
Y aunque es bien que se callen las dudosas,
Y no ponerme en riesgo así evidente,
Digo que la verdad hallé en el suelo,
Por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte
De todas nuestras tierras excluida,
Que la falsa cautela, engaño, y arte
Aun nunca habian hallado aquí acogida:
Pero dejada esta materia aparte,
Volveré con la priesa prometida
A la barca de chusma y gente llena,
Que vogando envistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto
on hasta quince en número venia,
respo de pelo negro, y blanco gesto,
Que el principal de todos parecia:
El cual con grave término modesto
Junto á nuestra esparcida compañia
Nos saludó cortes y alegremente,
Diciendo en lengua estraña lo siguiente:

Hombres, ó dioses rústicos, nacidos
En estos sacros bosques y montañas,
Por celeste influencia producidos
De sus cerradas y ásperas entrañas:
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos
Por caminos y sendas tan estrañas
A nuestros pobres y últimos rincones
Libres de confusion y alteraciones?

Si vuestra pretension y pensamiento
Es de buscar region mas espaciosa,
Y en la prosecucion de vuestro intento
Teneis necesidad de alguna cosa,
Toda comodidad y aviamiento
Con mano larga y voluntad graciosa,
Hallaréis francamente en el camino
Por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,
Tierra donde moreis aquí os darémos,
Si os place y os agrada mas la sierra,
Allá seguramente os llevarémos:

Si quereis amistad, si quereis guerra
Todo con ley igual os lo ofrecemos,
Escoged lo mejor, que á eleccion mia
La paz y la amistad escogería.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el trage
Del gallardo mancebo floreciente,
El expedido término y lenguage
Con que así nos habló bizarramente,
El franco ofrecimiento y hospedage,
La buena traza y talle de la gente,
Blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
De manto y floja túnica vestida.

La cabeza cubierta y adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atras la punta y derribada,
A las ceñidas sienes ajustado,
De fina lana de vellon rizada,
Y el rizo de colores variado,
Que lozano y vistoso parecia,
Señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta,
Y voluntad graciosa que mostraba,
Ofreciendo tambien la nuestra cierta,
Que á su provecho y bien se enderezaba:
Pero al fin nuestra falta descubierta
Y lo mal que la hambre nos trataba,
Le pedimos refresco y vitualla
Debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente
Vista la gran necesidad que habia,
Mandó á su prevenida y pronta gente
Sacar cuanto en la góndola traia:
Repartiéndolo todo francamente
Por aquella hambrienta compañia,
Sin de nadie aceptar solo un cabello,
Ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,
Y tambien esforzada la esperanza,
Se comenzó á marchar por la ribera
Segun nuestra costumbre en ordenanza:
Y andaba una gran legua en la primera
Tierra, que pareció cómoda estanza,
Cerca del agua en reparado asiento
Hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado,
Ni puestas en lugar las demas cosas,
Cuando de aquella parte y deste lado
Hendiendo por las aguas espumosas
Cargadas de maiz, fruta y pescado
Arribaron piraguas presurosas,
Refrescando la gente desvalida
Sin rescate, sin cuenta, ni medida.

La síncera bondad y la caricia
De la sencilla gente destas tierras
Daban bien á entender que la codicia
Aun no habia penetrado aquellas sierras:

Ni la maldad, el robo, y la injusticia
Alimento ordinario de las guerras
Entrada en esta parte habian hallado,
Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo
Les dimos lugar ancho ý ancha entrada:
Y la antigua costumbre corrompiendo
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la codicia su estandarte
Con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche el dia siguiente
La nueva por las islas estendida
Llegaron dos Caciques juntamente
A dar el parabien de la venida
Con un largo y expléndido presente
De refrescos y cosas de comida,
Y una lanuda oveja y dos vicuñas
Cazadas en las sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados
De ver hombres así desconocidos,
Blancos, rubios, espesos, y barbados,
De lenguas diferentes y vestidos:
Miraban los caballos alentados
En medio de la furia corregidos,
Y mas los espantaba el fiero estruendo
Del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al Sur derecho
La torcida ribera costeando,
Siguiendo la derrota del estrecho
Por los grados la tierra demarcando:
Pero cuanto ganábamos de trecho
Iba el gran archipiélago ensanchando,
Descubriendo á distancias desviadas
Islas en grande número pobladas.

Salian muchos Caciques al camino
A vernos como á cosa milagrosa,
Pero ninguno tan escaso vino
Que no trujese en don alguna cosa:
Quién el vaso capaz de nacar fino,
Quién la piel del carnero vedijosa
Quién el arco y carcax, quién la bocina,
Quién la pintada concha peregrina.

Yo que fuí siempre amigo, é inclinado
A inquirir y saber lo no sabido,
Que por tantos trabajos arrastrado
La fuerza de mi estrella me ha traido,
De alguna gente moza acompañado
En una presta góndola metido
Pasé á la principal isla cercana
Al pareeer de tierra y gente llana.

Vi los Indios y casas fabricadas
De paredes humildes y techumbres,
Los árboles y plantas cultivadas,
Las frutas, las semillas y legumbres:

Noté dellos las cosas señaladas,
Los ritos, ceremonias y costumbres,
El trato y ejercicio que tenian,
Y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas paseando
Sus pobladas y fértiles orillas,
Otras fuí torno á torno rodeando
Cercado de domésticas barquillas:
De quien me iba por puntos informando
De algunas nunca vistas maravillas,
Hasta que ya la noche y fresco viento
Me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,
Que de nuestro viage fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba
Hallamos por remate y fin postrero,
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo y veloz desaguadero,
Que su corriente y ancha travesia
El paso por allí nos impedia.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
En el ánimo y rostro de la gente,
Viendo nuestro camino así atajado
Por el ancho raudal de la creciente:
Que los caballos de cabestro á nado
No pudieran romper la gran corriente,
Ni la angosta piragua era bastante
A comportar un peso semejante.

Y volver pues atras visto el terrible
Trabajo intolerable y excesivo,
Tenian segun razon por imposible
Poder llegar en salvo un hombre vivo:
Quedar allí era cosa incompatible,
Y temerario el ánimo y motivo
De proseguir el comenzado curso
Contra toda opinion y buen discurso.

Viendo nuestra congoja y agonia
Un jóven Indio, al parecer ladino,
Alegre se ofreció que nos daria
Para volver otro mejor camino:
Fué excesiva en algunos la alegria,
Y así dar vuelta luego nos convino,
Que ya el rígido hibierno á los Australes
Comenzaba á embiar claras señales.

Mas yo que mis designios verdaderos
Eran de ver el fin desta jornada,
Con hasta diez amigos compañeros
Gente gallarda, brava y arriscada
Reforzando una barca de remeros,
Pasé el gran brazo y agua arrebatada,
Llegando á zabordar hechos pedazos
A puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa
Sin lengua y sin noticia á la ventura,
Aspera al caminar y pedregosa,
A trechos ocupada de espesura;

Mas aunque así agraviado no por eso
Armado de paciencia y duro hierro
Falté en alguna accion y correria,
Sirviendo en la frontera noche y dia.

Huvo allí escaramuzas sanguinosas,
Ordinarios rebatos, y emboscadas,
Encuentros y refriegas peligrosas,
Asaltos y batallas aplazadas,
Raras estratagemas engañosas,
Astucias y cautelas nunca usadas,
Que aunque fueron en parte de provecho,
Algunas nos pusieron en estrecho.

Mas despues del asalto y gran batalla
De la albarrada de Quipeo temida,
Donde fué destrozada tanta malla,
Y tanta sangre bárbara vertida:
Fortificado el sitio y la muralla
Aceleré mi súbita partida,
Que el agravio mas fresco cada dia
Me estimulaba siempre y me roía.

Y en un grueso barcon bajel de trato,
Que velas altas de partida estaba,
Salí de aquella tierra y Reino ingrato,
Que tanto afan y sangre me costaba:
Y sin contraste alguno, ni rebato
Con el Austro que en popa nos soplaba,
Costa á costa y á veces engolfado
Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
Por el gran Marañon hizo la gente,
Donde Lope de Aguirre en la jornada
Mas que Neron y Herodes inclemente
Pasó tantos amigos por la espada,
Y á la querida hija juntamente,
No por otra razon y causa alguna
Mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil mlilas habia
De camino por partes despoblado,
Luego de allí por mar tomé la via
A mas larga carrera acostumbrado,
Y á Panamá llegué, dó el mismo dia
La nueva por el aire habia llegado
Del desbarate y muerte del tirano,
Saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en tierra firme detenido
Por una enfermedad larga y estraña;
Mas luego que me ví convalecido
Tocando en las Terceras vine á España:
Donde no mucho tiempo detenido
Corrí la Francia, Italia, y Alemaña,
A Silesia, y Moravia hasta Posonia,
Ciudad sobre el Danubio de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
Y otras y otras por ásperos caminos,
Traté y comuniqué varias naciones
Viendo cosas y casos peregrinos:

Diferentes y estrañas condiciones,
Animales terrestres y marinos,
Tierras jamas del cielo rociadas,
Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy apriesa
Del camino primero desviado?
Por qué así me olvidé de la promesa,
Y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa
Si no teneis el gusto ya estragado;
Mas yo procuraré deciros cosas,
Que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
De aquellos Capitanes señalados,
Que en la parte que dije diputada
Estaban diferentes y encontrados:
Contaré la eleccion tan porfiada,
Y como al fin quedaron conformados,
Los asaltos, encuentros y batallas,
Que es menester lugar para contallas.

¿Qué hago, en qué me ocupo fatigando
La trabajada mente y los sentidos,
Por las regiones últimas buscando
Guerras de ignotos Indios escondidos,
Y voy aquí en las armas tropezando,
Sintiendo retumbar en los oidos
Un áspero rumor y son de guerra
Y abrasarse en furor toda la tierra?

Veo toda la España alborotada
Envuelta entre sus armas victoriosas,
Y la inquieta Francia ocasionada
Descoger sus banderas sospechosas:
En la Italia y Germania desviada
Siento tocar las cajas sonorosas,
Allegándose en todas las naciones
Gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento,
Y el estrépito bélico y ruido
Es menester esfuerzo y nuevo aliento,
Y ser de vos, señor, favorecido:
Mas ya que el temerario atrevimiento
En este grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos espero cierto
Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
Me suspende la voz amedrentada,
La materia promete y me asegura
Que con grata atencion será escuchada:
Y entretanto, señor, será cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el espíritu inquieto
Hasta que saque fuerzas del sujeto.

LA ARAUCANA.

CANTO XXXVII.

En este último canto se trata como la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el Rey don Felipe tuvo al Reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los Portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo Castellano
Con ira justa y pretension movido,
Y el derecho del Reino Lusitano
A las sangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vínculo cristiano
En rabiosa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra airadas
A los parientes pechos arrojadas.

La guerra fué del cielo deribada,
Y en el linage humano transferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida:
Por la guerra la paz es conservada,
Y la insolencia humana reprimida,
Por ella á veces Dios el mundo aflige,
Le castiga, le enmienda, y le corrige.

Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soberbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina:
La guerra es de derecho de las gentes,
Y el órden militar y disciplina
Conserva la República y sostiene,
Y las leyes políticas mantiene.

Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviáre:
O cuando por venganza, ó furor ciego,
O fin particular se comenzáre:
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que le turbáre:
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo.

Que así como tenemos profesada
Una hermandad en Dios y ayuntamiento,
Tanto del mismo Cristo encomendada
En el último eterno Testamento,
No puede ser de alguno desatada
Esta paz general y ligamiento,
Si no es por causa pública ó querella,
Y autoridad del Rey defensor della.

Entonces como un Angel sin pecado
Puesta en la causa universal la mira,
Puede tomar las armas el soldado,
Y en su enemigo ejecutar la ira:

Y cuando algun respeto ó fin privado
Le templa el brazo, encoge, y le retira:
Demas de que en peligro pone el hecho
Peca, y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida
Puede la airada vencedora gente
Herir, prender, matar en la rendida,
Y hacer al libre esclavo y obediente:
Que el que es señor y dueño de la vida,
Lo es ya de la persona, y justamente
Hará lo que quisiere del vencido,
Que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones
Por la causa comun sin cargo alguno
En batallas formadas y escuadrones
Puede usar de las armas cada uno,
Por las mismas legítimas razones
Es lícito el combate de uno á uno,
A pie, á caballo, armado, desarmado,
Ora sea en campo abierto, ora estacado,

En guerra justa es justo el desafio
La autoridad del Príncipe interpuesta,
Bajo de cuya mano y señorío
La ordenada República está puesta:
Mas si por caso proprio ó albedrio
Se denuncia el combate, y se protesta,
O sea provocador, ó provocado
Es ilícito, injusto, y condenado:

Y los Cristianos Príncipes no deben
Favorecer jamas, ni dar licencia
A condenadas armas, que se mueven
Por odio, por venganza, ó competencia:
Ni decidan las causas, ni se prueben
Remitiendo á las fuerzas la sentencia,
Pues por razon oculta á veces veo,
Que sale vencedor el que fué reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso
Justa y derechamente se condena,
Pues vemos el incierto fin dudoso,
Segun la suma providencia ordena:
Que el suceso ora triste, ora dichoso
No es quien hace la causa mala ó buena,
Ni jamas la justicia en cosa alguna
Está sujeta á caso, ni á fortuna.

Digo tambien, que obligacion no tiene
De inquirir el soldado diligente
Si es lícita la guerra y si conviene,
O si se mueve injusta ó justamente:
Que solo al Rey que por razon le viene
La obediencia y servicio de su gente,
Como gobernador de la República,
Le toca examinar la causa pública.

Y pues del Rey como cabeza pende
El peso de la guerra y grave carga,
Y cuanto daño y mal della depende
Todo sobre sus hombros solo carga,

Debe mucho mirar lo que pretende;
Y antes que dé al furor la rienda larga
Justificar sus armas prevenidas,
No por codicia y ambicion movidas.

Como Felipe en la ocasion presente,
Que de precisa obligacion forzado
En favor de las leyes justamente
Las permitidas armas ha tomado,
No fundando el derecho en ser potente,
Ni de codicia de reinar llevado;
Pues se estiende su cetro y monarquia
Hasta adonde remata el sol su via.

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
Que á los sanos corrompe é inficiona,
Llamado del derecho y la justicia
Contra el rebelde Reino va en persona:
Y á despecho y pesar de la malicia,
Que le niega y le impide la corona,
Quiere abrir y allanar con mano armada
A la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido,
Sus fuerzas y poder disimulando
Detiene el brazo en alto suspendido,
El remedio de sangre dilatando:
Y con prudencia y ánimo sufrido
Su espada y pretension justificando,
Quebrantará despues con aspereza
Del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
La soberbia cerviz de los traidores,
Despedazando la pujante armada
De los Galos Piratas valedores:
Y con rigor y furia disculpada
Como hombres de la paz perturbadores,
Muerto Felipe Estrozi su caudillo,
Serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
Sangre de gente pérfida enemiga,
Que si el delito es grave y la insolencia,
Clemente es y piadoso el que castiga,
Perdonar la maldad es dar licencia
Para que luego otra mayor se siga,
Cruel es quien perdona á todos todo,
Como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente
Si conviene el rigor y es importante,
Que el que ataja y castiga el mal presente
Huye de ser cruel para adelante:
Quien la maldad no evita, la consiente,
Y se puede llamar participante,
Y el que á los malos públicos perdona
La República estraga é inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
La clemencia, virtud inestimable,
Que el perdonar victoria es gloriosa,
Y en el mas poderoso mas loable;

Pero la paz comun tan provechosa
No puede sin justicia ser durable,
Que el premio y el castigo á tiempo usados
Sustentan las Repúblicas y Estados.

Y no todo el exceso y mal que hubiere
Se puede remediar, ni se castiga,
Que el tiempo á veces y ocasion requiere
Que todo no se apure, ni se siga;
Príncipe que saberlo todo quiere,
Sepa que á perdonar mucho se obliga:
Que es medicina fuerte y rigurosa
Descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia á los mismos enemigos
Aplaca el odio y ánimo indignado,
Engendra devocion, produce amigos,
Y atrae el amor del pueblo aficionado:
Que el continuo rigor en los castigos
Hace al Príncipe odioso y desamado:
Oficio es proprio y proprio de los Reyes
Embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importára
Disimular los males ya pasados,
Si dello ánimo el malo no tomára
Para nuevos insultos y pecados:
El miedo del castigo es cosa clara
Que reprime los ánimos dañados,
Y el ver al malhechor puesto en el palo
Corrige la maldad, y enmienda al malo.

Mas tambien el castigo no se haga
Como el indocto y crudo cirujano,
Que siendo leve el mal, poca la llaga
Mete los filos mucho por lo sano,
Y con el enconoso hierro estraga
Lo que sanára sin tocar la mano,
Que no es buena la cura y experiencia,
Si es mas recia y peor que la dolencia.

Quiérome declarar, que algun curioso
Dirá que aquí y allí me contradigo.
Virtud es castigar cuando es forzoso,
Y necesario el público castigo:
Virtud es perdonar el poderoso
La ofensa del ingrato y enemigo
Cuando es particular, ó que se entienda
Que puede sin castigo haber enmienda.

Voyme de punto en punto divirtiendo,
Y el tiempo es corto y la materia larga,
En lugar de aliviarme, recibiendo
En mis cansados hombros mucha carga:
Así de aquí adelante resumiendo
Lo que menos importa, y mas me carga
Quiero volver á Portugal la pluma,
Haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto, ó Lusitanos, que engañados
Contraponeis el obstinado pecho?
Y con armas y brazos condenados
Quereis violar las leyes y el derecho?

Qué, no mueve esos ánimos dañados
La paz comun y público provecho,
El deudo, religion, naturaleza,
El poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con que largueza os ha ofrecido
Haciendas, libertades y esenciones,
No á término forzoso reducido,
Mas con formado campo y escuadrones:
Y casi murmurado ha detenido
Las armas convenciendoos con razones,
Cual padre que reduce por clemencia
Al hijo inobediente á la obediencia.

¿Qué ciega pretension, qué embaucamiento,
Qué pasion pertinaz desatinada
Saca así la razon tan de su asiento,
Y tiene vuestra mente trastornada?
Que una unida nacion por sacramento,
Y con la Cruz de Cristo señalada,
Envuelta en crueles armas homicidas
Dé en sus proprias entrañas las heridas!

Y unas mismas divisas y banderas
Salgan de alojamientos diferentes,
Trayendo mil naciones estrangeras,
Que derraman la sangre de inocentes!
Y introducen errores y maneras
De pegajosos vicios insolentes,
Dejando con su peste derramada
La católica España inficionada!

A vos, eterno padre soberano
El favor necesario y gracia pido,
Y os suplico querais mover mi mano,
Pues en vos y por vos todo es movido:
Para que al Portugues y al Castellano
Dé justamente lo que le es debido,
Sin que me tuerza y saque de lo justo
Particular respeto, ni otro gusto.

Y pues vos conoceis los corazones,
Y el justo zelo con que el mio se mueve,
Y en los buenos própositos y acciones
El principio teneis, y el fin se os debe,
Dadme espíritu igual, dadme razones
Con que informe mi pluma, que se atreve
A emprender temeraria y arrojada
Con tan poco caudad tan gran jornada.

Queriendo Sebastian Rey Lusitano
Con ardor juvenil y movimiento
Romper el ancho término Africano,
Y oprimir el Pagano atrevimiento,
Prometiéndole entrada y paso llano,
Su altivo y levantado pensamiento,
Allegó de aquel Reino brevemente
La riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el Rey don Felipe que al sobrino
Vió moverse á la empresa tan ligero,
Al errado designio contravino
Con consejo de Padre verdadero:

Y pensando apartarle del camino
Que iba á dar á tan gran despeñadero,
Hizo que en Guadalupe se juntasen
Para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes,
Ni el ruego y persuasion del grave Tio,
Ni una gran multitud de inconvenientes,
Que Pudieran volver atras un rio,
Ni el poner la cerviz de tantas gentes
Bajo de un solo golpe al albedrio
De la inconstante y variable diosa,
De revolver el mundo deseosa.

Que el orgulloso mozo prometiendo
Lo que el justo temor dificultaba,
Los prudentes discursos rebatiendo,
Todos los contrapuestos tropellaba:
Y tras la libre voluntad corriendo
Su muerte y perdicion apresuraba;
Que no basta consejo, ni advertencia
Contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable,
Aunque tenga la voz mas expedida,
Y aquel sangriento fin tan miserable
De la jornada y gente mal regida,
La ruina de un Reino irreparable,
La fama antigua en solo un dia perdida,
Todo por voluntad de un mozo ardiente
Movido sin razon por accidente?

Otro refiera el aciago dia,
Que á los mas tristes en miseria excede,
Que aunque sangrienta está la pluma mia,
Correr por tantas lástimas no puede;
Quiero seguir la comenzada via,
Si el alto cielo aliento me concede,
Que ya de aquesta parte tambien siento
Armarse un gran nublado turbulento.

Despues que el mozo Rey voluntarioso
Al Africano ejército asaltando,
En el ciego tumulto polvoroso
Murió en monton confuso peleando,
Y la fortuna de un vaiven furioso
Derrocó cuatro Reyes, ahogando
La fama y opinion de tanta gente,
Revolviendo las armas del Poniente;

Fué luego en Portugal por Rey jurado
Don Enrique, el hermano del abuelo,
Cardenal y Presbítero ordenado,
Persona religiosa y de gran zelo,
De años y enfermedades agravado,
Mas que para este mundo para el cielo,
Ofreciéndole el Reino la fortuna
Con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe en lo íntimo sintiendo
Del Reino y muerto Rey la desventura,
Y del enfermo don Enrique viendo
La mucha edad y vida mal segura,

Como sobrino y sucesor queriendo
Aclarar su derecho en coyuntura,
Que por la transversal propincua via
A los Reyes y títulos tenia,

Con zelosa y loable providencia
Hizo juntar doctísimos varones
De grande cristiandad y suficiencia,
Desnudos de interese y pretensiones,
Que conforme á derecho y á conciencia,
No por torcidas vias y razones,
Mirasen en el grado que él estaba,
Si el pretendido Reino le tocaba.

Que Doña Catalina como parte
Duquesa de Berganza pretendia
Por hija del Infante don Duarte,
Que de derecho el Reino le venia:
Y tambien don Antonio de otra parte
A la corona y cetro se oponia;
Mas aunque del comun favorecido,
Era por no legítimo excluido.

Y que hecho el examen cada uno
A tan arduo negocio conveniente,
Sin miramiento, ni respeto alguno
Diesen sus pareceres libremente,
Porque en tiempo quieto y oportuno
Prevenido al mayor inconveniente,
Si el Reino á la razon no se allanáse
Sus armas y poder justificáse.

Todos los cuales claramente viendo,
Que el transversal por ley y fuero llano
No representa al padre, sucediendo
El legítimo deudo mas cercano.
El varon á la hembra prefiriendo,
Y al de menos edad el mas anciano,
Yendo la sucesion y precedencia
Por derecho de sangre, y no de herencia:

Don Antonio excluido y apartado
Por ley humana y por razon divina,
Y el derecho igualmente examinado
De don Felipe y doña Catalina,
Descendientes del tronco en igual grado,
El sobrino de Enrique, ella sobrina,
El varon, ella hembra, él Rey temido,
Mayor de edad, y de mayor nacido.

Atento al fuero, á al costumbre, al hecho.
Y otras muchas razones que juntaron
Con recto, justo, igual y sano pecho
Sin discrepar conformes declararon
Ser don Felipe sucesor derecho,
Y el Reino por la ley le adjudicaron
Con tierras, mares, títulos y Estados
Bajo de la corona conquistados.

Vista pues don Felipe la justicia
Por tan bastantes hombres declarada,
Sospechoso del odio y la malicia
De la plebeya gente libertada,

Y la intrínseca y vieja inimicicia
En los pechos de muchos arraigada,
Quiso tentar en estas novedades
El ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoso zelo deseando
El bien del Reino y público sosiego,
En la mente perpleja iba trazando
Cómo echar agua al encendido fuego,
Por todos los caminos procurando
Aquietar el comun desasosiego,
Que ya con libertad sin corregirse
Comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fué dél luego elegido
Don Cristoval de Mora en quien habia
Tantas y tales partes conocido,
Cuales el gran negocio requiera,
De ilustre sangre en Portugal nacido,
De quien como vasallo el Rey podria
Con ánimo seguro y esperanza
Hacer tambien la misma confianza.

Y enterarse del zelo y sano intento
Tantas veces por él representado,
Entendiendo la fuerza y fundamento
De su causa y derecho declarado,
No traido por término violento,
Ni deseo de reinar desordenado,
Mas por rigor de la justicia pura
Por ley, razon, por fuero, y por natura.

Asíque esto por él reconocido,
Como de Rey tan justo se esperaba,
Miráse el gran peligro en que metido
El patrio Reino y cristiandad estaba,
Y tuviese por bien, fuese servido
De sosegar la alteracion que andaba,
Declarándole en forma conveniente
Por succesor derecha y justamente.

Con que en el suelto pueblo cesaria
El tumulto y escándalos estraños,
Y su declaracion atajaria
Grandes insultos y esperados daños:
Haciendo que en la forma que solia
Para despues de sus felices años
El Reino le juráse segun fuero
Por legítimo Príncipe heredero.

Hecha por don Cristoval la embajada,
Y de Felipe la intencion propuesta,
Tibiamente de Enrique fué escuchada,
Dando una ambigua y frívola respuesta;
Que por mas que le fué representada
La justicia del Rey tan manifiesta,
Procuraba con causas escusarse
Sin querella aclarar, ni declararse.

Visto pues dilatar el cumplimiento
De negocio tan arduo é importante,
Por donde el popular atrevimiento
Iba cobrando fuerzas adelante;

Don Felipe envió con nuevo asiento
Largo poder y comision bastante
Para sacar resolucion alguna
Á don Pedro Giron duque de Osuna.

Y al docto Guardiola juntamente
Porque con mas instancia y diligencia,
Vista de la tardanza el daño urgente
Contra la paz comun y convenencia,
Diesen claro á entender cuan conveniente
Era en tan gran discordia y diferencia
Que el Rey se declaráse por decreto
Cortando á mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedáse
Por hacer, y tentar todos los vados,
Y la ciega pasion no perturbáse
El sosiego y quietud de los Estados,
Antes que el odio antiguo reventase,
Dos eminentes hombres señalados
De los que en su Real Consejo habia
Ultimamente á don Enrique embia.

Uno Rodrigo Vazquez, que en prudencia,
En rectitud, estudio y disciplina,
Era de grande prueba y experiencia,
De claro juicio y singular dotrina:
El otro de no menos suficiencia
Famoso en letras el doctor Molina,
Ambos varones raros escogidos,
En gran figura y opinion tenidos.

Para que Enrique de ellos informado,
Y de todas las dudas satisfecho,
A las Cortes que ya se habian juntado
Informasen tambien de su derecho:
Y al pueblo contumaz y apasionado,
Puesto delante el general provecho,
Fueros y libertades prometiesen
Con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo Rey prudente
Ser esto lo que á todos convenia,
Pues por la expresa ley derechamente
El Reino á su sobrino le venia;
Con larga dilacion impertinente
El negocio suspenso entretenia,
A fin que aquellos súbditos y Estados
Fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo Rey dudoso
El término y respuesta diferido,
Llegó aquel de la muerte presuroso
Del Autor de la vida estatuido:
Por donde al sucesor le fué forzoso
Viendo al rebelde pueblo endurecido,
Juntar contra sus fines y malicia
Las armas, y el poder con la justicia.

Habiendo antes con todos procurado
Muchos medios de paz por él movidos,
Provocando al temoso y porfiado
Con dádivas, promesas, y partidos:

Mas el poblacho terco y obstinado,
No estimando los bienes ofrecidos,
La enemistad del todo descubierta
Al derecho y razon cerró la puerta.

¿Quién pudiera deciros tantas cosas
Como aquí se me van representando,
Tanto rumor de trompas sonorosas,
Tanto estandarte al viento tremolando,
Las prevenidas armas sanguinosas
Del Portugues y Castellano bando,
El aparato y máquinas de guerra,
Las batallas de mar y las de tierra?

Viéranse entre las armas y fiereza
Materias de derecho y de justicia,
Ejemplos de clemencia y de grandeza,
Proterva y contumaz inimicicia,
Liberal y magnánima largueza,
Que los sacos hinchó de la codicia,
Y otros matices vivos y colores
Que fáciles harán los escritores.

Canten de hoy mas los que tuvieren vena,
Y enriquezcan su verso numeroso,
Pues Felipe les da materia llena,
Y un campo abierto, fértil y espacioso:
Que la ocasion dichosa y suerte buena
Vale mas que el trabajo infructuoso,
Trabajo infructuoso como el mio,
Que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
Hácia el helado norte atravesando,
Y en las bajas Antárticas regiones
El Antípoda ignoto conquistando!
Climas pasé, mudé constelaciones
Golfos innavegables navegando,
Estendiendo, señor, vuestra corona
Hasta casi la Austral frígida zona.

¿Qué jornadas tambien por mar y tierra
Habeis hecho que deje de seguiros,
A Italia, Agusta, á Flandes, á Inglaterra
Cuando el Reino por Rey vino á pediros?
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Pirú me llevó por mas serviros,
Dó con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde Indiano castigado,
Y el Reino á la obediencia reducido,
Pasé al remoto Arauco, que alterado
Habia del cuello el yugo sacudido
Y con prolija guerra sojuzgado,
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego adelante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.

Dejo por no cansaros y ser mios
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores, y los frios,
La falta irremediable de vestidos,

Los montes que pasé, los grandes rios,
Los yermos despoblados no rompidos,
Riesgos, peligros, trances, y fortunas,
Que aun son para contadas importunas.

Ni digo como al fin por accidente
Del mozo Capitan acelerado
Fuí sacado á la plaza injustamente
A ser públicamente degollado:
Ni la larga prision impertinente
Dó estuve tan sin culpa molestado
Ni mil otras miserias de otra suerte
De comportar mas graves que la muerte.

Y aunque la voluntad nunca cansada
Esta para serviros hoy mas viva,
Desmaya la esperanza quebrantada
Viéndome prohejar siempre agua arriba:
Y al cabo de tan larga y gran jornada
Hallo que mi cansado barco arriba
De la fortuna adversa contrastado
Lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfia
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha via
La carrera difícil he corrido:
Y aunque mas inste la desdicha mía
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten no en tenerlas,
Sinó en solo arribar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pàre aquí la pluma:
Así doy punto en esto, pues conviene
Para la grande innumerable suma
De vuestros hechos, y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz, y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero,
No puede andar muy lejos ya mi nave,
Y el tímido y dudoso paradero
El mas sabio piloto no le sabe:
Considerando el corto plazo quiero
Acabar de vivir, antes que acabe
El curso incierto de la incierta vida,
Tantos años errada y distraida.

Que aunque esto haya tardado de mi parte,
Y reducirme á lo postrero aguarde,
Sé bien que en todo tiempo y toda parte
Para volverse á Dios jamas es tarde,
Que nunca su clemencia usó de arte;
Y así el gran pecador no se acobarde,
Pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
Es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo que tan sin rienda al mundo he dado
El tiempo de mi vida mas florido
Y siempre por camino despeñado
Mis vanas esperanzas he seguido,

Visto ya el poco fruto que he sacado,
Y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
Conociendo mi error de aquí adelante
Sera razon que llóre, y que no cante.

FIN DEL TOMO CUARTO.

PRÓLOGO

DEL IMPRESOR

SOBRE LA VIDA DE DON ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA.

La puntualidad y elegancia con que el *Licenciado Cristoval Mosquera de Figueroa* recoge y pondera las noticias pertenecientes á la vida del ilustre caballero Don Alonso de Ercilla en el Elogio que precede á la impresion de su Araucana del año 1590, conservado en esta, condenan al parecer de superfluo cualquier trabajo nuevo, que se emplee en este mismo asunto, sujetándolo al fastidioso vicio de la repeticion. A ejemplo sin embargo de los que recogen las espigas que perdona la hoz, procuraré-mos nosotros juntar las especies, que omitió la diligencia de *Mosquera*, para que de la coleccion de todas resulte mayor conocimiento y noticia de los hechos y carácter de este insigne Poeta.

Nació Don Alonso de Ercilla y Zuñiga en Madrid á 7 de Agosto de 1533 Pero traía su orígen de Bermeo, cabeza del Señorío de

Vizcaya, de dónde era natural *Fortun Garcia de Ercilla* su padre, eminente jurisconsulto, que murió en Valladolid á 29 de Septiembre de 1534 á los 40 de su edad. Fué tambien de Bermeo *Martin Ruiz de Ercilla*, señor de la Torre de Ercilla, abuelo de nuestro don Alonso, cuyo nacimiento accidental en Madrid no debe despojar á Vizcaya de este elegante Poeta, con cuya posesion deja de ser tan rara, como pondera don Nicolas Antonio la prenda de la Poesia en los naturales de aquel nobilísímo Señorío. Su madre fué *doña Leonor de Zuñiga*, señora de Bovadilla, cuya villa, muerto Fortun Garcia, fué incorporada en la Corona, y ella nombrada Guardadamas de la Emperatriz doña Isabel. Procrearon estos nobles casados tres hijos: *don Francisco de Zuñiga*, que murió mozo en Madrid á 28 de Julio de 1545, *don Juan de Zuñiga*, abad de Hormedes, limosnero mayor de la Reina doña Ana de Austria, y maestro del Príncipe don Fernando, el cual murió en Almaraz á 28 de Agosto de 1580, y nuestro Don Alonso que desde sus tiernos años se crió en Palacio en calidad de page del Príncipe don Felipe, hijo del Emperador Carlos V, y á la sombra de su madre doña Leonor. Era de ingenio vivo, y naturalmente culto, de atinado juicio, y

de espíritu belicoso: prendas que mejoró con el estudio de las buenas letras, y perficionó con las varias peregrinaciones que hizo por Europa y América. Porque siguió á Felipe II, en cuantas jornadas hizo por mar y tierra, corriendo una y otra vez todas las provincias que contiene España, Italia, Francia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Moravia, Silesia, Austria, Ungria, Stiria, y Carintia. Y como siempre fué inclinado y amigo de inquirir y saber, segun confiesa él mismo, adquirió grande caudal de noticias y de prudencia, viendo como otro Ulises tanta diversidad de naciones, y de humanas costumbres.

El año de 1547 acompañó al Príncipe don Felipe, que llamado de su padre el Emperador, pasó á Bruxelas, y tomó posesion del ducado de Brabante. Llegó á aquella capital de Flandes, atravesando la Italia, la Alemania, y el ducado de Luxembourg, y el año de 1551 se restituyó á España, desandando el mismo camino. El Coronista Juan Esteban Calvete, que refiere este viage, llama á nuestro Ercilla *don Alonso de Zuñiga*, usando del segundo apellido.

Siguió tambien Don Alonso al mismo Príncipe, cuando el año de 1554 pasó á Inglaterra á casarse con doña Maria, heredera de aquel Reino. En esta sazon llegó á

Londres la noticia del levantamiento del Estado de Arauco. Y hallándose en aquella Corte Gerónimo de Alderete, que habia venido del Perú, le nombró el Rey Capitan y Adelantado de aquella tierra, con cargo de pacificarla. Partió pues de Londres Alderete, llevando en su compañia á Don Alonso de edad de 21 años, siendo esta la primera vez que ciñó espada, como él dice. Pero muriendo el Adelantado en Taboga cerca de Panamá, continuó Ercilla su viage á Lima, capital del Perú. Era Virrey de aquel Reino don Andres Hurtado de Mendoza, Marques de Cañete, y con noticia de la muerte del Adelantado, y en virtud de sus facultades, nombró á su hijo don Garcia por Capitan General de Chile, adonde le envió con una lucida escuadra para sujetar á los inobedientes Araucanos. Pasó pues Don Alonso á Chile incorporado en esta escuadra, como él asegura, y lo confirma el Coronista Herrera.

Entonces dió principio Don Alonso á las reñidas y sangrientas guerras del Arauco, obrando en el discurso de ellas mas proezas con la espada de las que escribió con la pluma, como dice el *Licenciado Oña*; pues como del otro Troyano cantó Virgilio, fué nuestro Don Alonso gran parte de ellas: siendo Chile el teatro en donde hizo alarde

de las primicias de su valor, y de su ingenio. Hallóse en siete batallas campales, tolerando con heroico esfuerzo todas sus calamidades, y riesgos de la vida: y no contento con estas empresas, acompañó á su General don Garcia Hurtado de Mendoza á la conquista de la última tierra, que por el estrecho de Magallanes estaba descubierta hasta el valle de Chiloe; aunque él pasó adelante, y seguido de otros diez soldados, venciendo dificultades insuperables, y atravesando dos veces en piraguas el peligrosísimo desaguadero del archipiélago de Ancudbox, entró la tierra adentro, y para testimonio de la intrepidez de su corazon, en la corteza del árbol mas robusto que vió allí, grabó con un cuchillo la siguiente Octava:

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado
Con solos diez, pasó el desaguadero
El año de cinquenta y ocho entrado
Sobre mil y quinientos por Febrero,
A las dos de la tarde el postrer dia,
Volviendo á la dejada compañía.

Volvió en efecto despues de varias fortunas y peligros á la ciudad de la Imperial, en donde estuvo á riesgo de perder entre

los suyos la vida, que supo libertar en tantas ocasiones del poder de sus enemigos. Porque concurriendo á la sazon en la ciudad, dice el mismo Ercilla gran número de gallardos jóvenes, concertaron una Justa y desafio, en donde mostráse cada cual su valor y destreza. El doctor Cristoval Suarez de Figueroa dice, que estas fiestas las mandó celebrar don Garcia para solemnizar la noticia que se recibió en Chile, de la coronacion del Rey Felipe II, en virtud de la renuncia, que en Bruxelas hizo en él el Emperador Carlos V, su padre. « Hubo « (añade Figueroa) entre otros regocijos « Estafermo, á que salieron muchos ar- « mados. Sobre quien habia herido en me- « jor lugar, hubo diferencia entre *don Juan* « *de Pineda y don Alonso de Ercilla*, pa- « sando tan adelante, que pusieron mano « á las espadas. Desenvaináronse en un « instante infinitas de los de á pie, que sin « saber la parte que habian de seguir, se « confundian unos con otros, creciendo el « alboroto con extremo. Esparcióse voz « que habia sido desecha para causar mo- « tin, y que ya los dos fingidos émulos le « tenian meditado, por haber precedido al- « gunas ocasiones, aunque ligeras. Pren- « diéronse por órden del General, que para « infundir temor entre los demas, los con-

« denó á degollar, sabiendo ser cualquier « severidad eficacísima para asegurar la « milicia. Sosegóse el tumulto, y hecha in- « formacion, y hallado que habia sido caso « improviso el de los dos, se revocó la « sentencia, etc. »

Hace mencion de este suceso el mismo Ercilla, y dice expresamente que fué sacado á la plaza á degollar:

Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El enorme delito exagerado
La voz y fama pública lo canta,
Que fué solo poner mano á la espada,
Nunca sin gran razon desenvainada.

y lo confirma en otro lugar hablando del mismo caso:

Ni digo como al fin por accidente
Del mozo Capitan acelerado
Fuí sacado á la plaza injustamente
A ser públicamente degollado, etc.

De modo, que segun esta relacion revocó don Garcia la sentencia, estando para ejecutarse. Siguióse despues tener gran tiempo preso Don Alonso para enmendar con este el primer yerro, como él asegura, sucediendo á la prision un trabajoso destierro; mas no por eso faltó en ninguna accion, ni

asaltos de plazas, que despues se ofrecieron. Pero estimulado del agravio que sufrió en la Imperial, salió de Chile, y llegó prosperamente al Callao de Lima, en donde estuvo hasta que llegaron las noticias de las crueldades, que ejercia en Venezuela Lope de Aguirre, y determinándose á ir contra él, llegó á Panamá, en donde supo que habian ya desbaratado y quitado la vida á aquel rebelde. Era Lope de Aguirre un Guipuzcoano, natural de Oñate, que viviendo en Lima, fué uno de los cuatrocientos hombres que bajo el mando del Capitan Pedro de Ursua, fueron enviados el año de 1559, por el Marques de Cañete, Virrey del Perú, á la conquista de los Omeguas; pero rebelándose Aguirre contra su Capitan, le quitó la vida, y se hizo reconocer por caudillo de la gente, ejecutando tales crueldades, que justamente le compara ERCILLA á Herodes y á Neron; pues no perdonó á su propria hija. Desbaratóle en Tocuyo Diego Garcia de Paredes, y cortándole la cabeza, lo descuartizaron el año de 1561. Por este tiempo padeció ERCILLA una larga y extraña enfermedad, convalecido de la cual, tocando en las Terceras, se restituyó á España á los 29 años de su edad; de donde á breve tiempo salió para correr la Francia, Italia, Alemani, Silesia, Moravia y Panonia. Pero hallándose en Madrid el año de 1570, con-

trajo matrimonio con doña Maria Bazan, hija de Gil Sanchez Bazan, y de doña Marquesa de Ugarte, dama de la Reina doña Isabel de la Paz, la cual y el Emperador Rodulfo fueron sus padrinos, como dice Esteban de Garibay, citado por don Luis de Salazar. Hace mencion Don Alonso en su *Araucana* de esta Señora, alabándola sobre todas las que arrebatado en sueños por Belona, vió juntas en un ameno prado, y deseando ocuparse en canciones amorosas, me sentí, dice,

Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas una,
Que ví á sus pies rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino, y mi ventura:
Yo que saber su nombre deseaba
Rendido y entregado á su hermosura,
Ví á sus pies una letra que decia:
DEL TRONCO DE BAZAN DOÑA MARIA.

Si es verdad que Don Alonso casó por Enero de 1570, como asegura Garibay, no pudo ser su madrina la Reina doña Isabel de la Paz, que murió á 4 de Octubre de 1568.

Acaso quiso decir doña Ana de Austria, cuarta muger de Felipe II, y hermana de los Príncipes Rodulfo y Ernesto, que se criaban en Madrid : de donde llamó al primero Maximiliano II, su padre el año de 1572, para coronarle Rey de Ungria en Posonia : el siguiente de 1573, fué coronado Rey de Bohemia en Praga, y el de 1576, sucedió á su padre en el Imperio. De este Emperador fué gentilhombre Don Alonso de Ercilla, y acaso le acompañó en sus viages á Alemania. Pero por los años de 1580, parece vivia retirado en Madrid su patria, aunque altamente quejoso de la fortuna. Porque sin embargo de los continuos y penosos servicios que hizo en la milicia y en la casa Real, sin embargo de sus estimables prendas de calidad, de estudios, y de ingenio, nada parece medró en la Milicia, ni en Palacio, de lo cual se queja abiertamente al mismo Rey, diciendo que tuvo siempre la desgracia de navegar contra la corriente de la fortuna; que fueron siempre infructuosos los inmensos trabajos que padeció en su servicio; que el disfavor le tenia arrinconado y reducido á la miseria suma; pero que á lo menos habia corrido con honor la carrera de su vida, y aunque destituido de premios, tenia la gloria de haberlos sabido merecer, que es en lo que

verdaderamente consisten. En los *Avisos para Palacio* se refiere este caso de nuestro Ercilla. « Hablando algunas veces á Fe-« lipe II, Don Alonso de Ercilla y Zuñiga, « siendo muy discreto hidalgo, que com-« puso el Poema *la Araucana*, se perdió « siempre, sin acertar con lo que queria « decir, hasta que conociendo el Rey por « la noticia que tenia de él, que su turba-« cion nacia del respeto con que ponia los « ojos en la majestad, le dijo : *don Alonso,* « *habladme por escrito*. Así lo ejecutó, y « el Rey le despachó é hizo merced. »

Si Don Alonso recibió esta merced, no parece fué suficiente para desarmarle de las razones de sus quejas. Desauciado finalmente de las esperanzas humanas, recurre á Dios, protestando, que habia dado sin rienda al mundo el tiempo mas florido de su vida. Entre otras flaquezas que le remorderian á Don Alonso, serian sin duda aquellas mocedades, de que fueron fruto varios hijos, que tuvo fuera de matrimonio (pues legítimo no tuvo ninguno) y que con toda exprcsion refiere don Luis de Salazar con autoridad de Esteban de Garibay : de los cuales la mas notable fué doña Maria Margarita de Zuñiga, dama de la Emperatriz doña Maria, que casó altamente, pues fué su arimdo don Fadrique de Portugal, señor

de las baronías de Orani, caballerizo mayor de la misma Emperatriz, hijo de los Condes de Faro y Mira.

No sabemos cuando murió Don Alonso de Ercilla. El año de 1596, le supone vivo el Licenciado Mosquera; pues entonces decia, que estaba ocupado en escribir con felicidad las victorias de don Alvaro Bazan, Marques de Santa Cruz, cuyo Poema no sabemos si la muerte le dió lugar de finalizar.

Fué Don Alonso de Ercilla soldado tan valeroso, que sin el auxilio de las letras proprias, sustentaría en la posteridad la opinion de sus heroicos hechos; pero floreció tanto en ellas, que parece no necesita de la recomendacion de sus proezas para ocupar un lugar distinguido entre los mas famosos Españoles: ó antes bien, él solo se basta á sí mismo para hacerse inmortal con la espada y con la pluma, siendo á un mismo tiempo el Heroe y el Poeta: mas dichoso en esto que Aquiles y Alejandro, á quien poco hubieran aprovechado sus heroicidades, si Homero, y los historiadores Griegos y Latinos no las hubieran trasladado á la memoria de los hombres; y solo comparable con Cesar, historiador de lo mismo que obraba. Vese esto en su *Araucana*, Poema heroico, que Miguel de Cervantes gradua de uno de los mejores que

hay escritos en lengua Castellana, y de una de las mas ricas prendas de Poesia que tiene España: Poema por el cual el Humanista Juan de Guzman llama á Don Alonso el *Homero Hispano*, y Príncipe de los Poetas Españoles: cuyo libro, dice Andres Escoto, que leian muchos con asombro, y nunca lo dejaban de las manos: y de cuyo Autor dijo Vicente Espinel:

Que en el heroico verso fué el primero
Que honró á su patria, y aun quiza el postrero.

Consta este Poema de tres Partes, que compuso, como el dice, escribiendo de noche lo que obraba de dia. Imprimió al principio la primera Parte solamente: añadió despues la segunda, y ambas las dió á luz el año de 1578 en 4 y habiendo escrito la tercera, publicó las tres el de 1590 en 8 A esta impresion se siguieron muchísimas. Es su argumento las guerras, que con obstinacion temeraria sustentaron los Araucanos para defender su rebelion contra su Rey don Felipe II, en cuya relacion guardó don Alonso la mas escrupulosa puntualidad; porque se propuso caminar siempre por el rigor de la verdad, como él advierte. Y como las batallas y sucesos de la guerra son tan parecidos, solo la fuerza de su invencion pudo lograr referir con grata va-

riedad unos sucesos uniformes, y dar bulto y cuerpo agigantado á unos acaecimientos, cuyos autores especialmente de parte de los Araucanos eran unos personages particulares, desconocidos, y agrestes. Así llegó sin fingir á dar á su poesía toda la gracia, á que otros Poetas no pudieron arrivar sin el auxilio de las ficciones: porque el fingir es fácil; y difícil dar á una historia verdadera todo el atractivo de que es capaz la fábula. Sin embargo en varios Episodios, que introduce para amenizar la esterilidad de unos libros de materia tan áspera, que desde el principio hasta el fin no contienen sino una misma cosa, se echa de ver la fecundidad de su invencion, especialmente en el del Mago Fiton. Llégase á esto la magnificencia del estilo, la magestad del númen, la grandeza de la locucion, la abundancia admirable de sentencias: todo lo cual constituye á DON ALONSO un segundo Lucano Español, tanto mas digno de admiracion, cuanto que al Poeta Cordoves le suministraban materia mas copiosa y sublime la misma elevacion de los Heroes, y la grandeza de las guerras, de cuyo destino dependia el señorío del universo: en lugar que el porfiado empeño de los Araucanos solo tenia por objeto, como dice ERCILLA *defender unos terrones secos, y campos incultos y*

pedregosos. Y aunque el todo del Poema es maravilloso; pero algunas partes de él son inimitables. La harenga de Colocolo, tan celebrada por el autor de la Henriada, es preferida justamente por otro Escritor al discurso con que Nestor intenta al principio de la Iliada concordar los ánimos de Aquiles y de Agamenon desavenidos por la posesion de la cautiva.

En el estilo no obstante de la Araucana, siempre por otra parte proprio y enérgico, se notan algunos vocablos nuevos, usados por Ercilla obligado de la ley del consonante: como son *lena*, *fida*, *libidino*, *soledosa*. El citado Autor de la Escuela de Literatura nota este Poema de prolijo, y el Doctor Suarez de Figueroa, de acéfalo. Así continua el fragmento que alegamos arriba sobre el caso de haber mandado degollar á Ercilla don Garcia Hurtado de Mendoza: « El conveniente rigor con que don « Alonso fué tratado, causó el silencio, « en que procuró sepultar las ínclitas ha- « zañas de don Garcia. Escribió en verso « las guerras de Arauco, introduciendo « siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, « esto es un Ejército sin memoria de Ge- « neral. Ingrato á muchos favores que ha- « bia recibido de su mano, le dejó en bor- « ron, sin pintarle con los vivos colores

« que era justo : como si se pudieran ocul-
« tar en el mundo el valor, virtud, provi-
« dencia, autoridad y buena dicha de aquel
« caballero, que acompañó siempre los di-
« chos con los hechos, siendo en él admi-
« rables unos y otros. Tanto pudo la pa-
« sion, que quedó casi como apócrifa en
« la opinion de las gentes la historia, que
« llegara á lo sumo de verdadera, escri-
« biéndose como debia, etc. »

Imputa Suarez á Ercilla tres defectos. I. Que calló á don Garcia Hurtado de Mendoza en su Araucana. II. Que este silencio procedió de la ingratitud de su ánimo, obligado por otra parte de muchos favores, que habia recibido de su mano. III. Que su historia quedó como apócrifa.

Mas en descargo de estas acusaciones debe decirse, que en ninguno de los sucesos que se refieren en la primera parte de la Araucana, que es la principal del poema, tuvo intervencion alguna don Garcia; porque pasaron bajo el mando de Pedro de Valdivia, conquistador del Arauco, y de Francisco de Villagran que por su muerte quedé por gobernador y capitan de aquella tierra. Con que ninguna injuria se hace á don Garcia Hurtado de Mendoza en callar su nombre en el discurso de unas guerras en que él no se halló. Su ejercicio de Capitan

General intervino en los sucesos que se refieren en la segunda parte, y en parte de la tercera. Y aquí no es tanta verdad como exagera el doctor Suarez, que suprime su nombre, pues repetidas veces hace expresa mencion de él, representándole como cabeza de las tropas que militaban en Chile. Con cuya memoria desaparece el silencio, de que el historiador del marques de Cañete culpa al Autor de la Araucana. Y por otra parte, si DON ALONSO DE ERCILLA recibió muchos favores de mano de don Garcia, no los menciona Suarez, ni á nosotros nos consta otra cosa; sino que refiriendo su historiador los cargos, que en una ocasion distribuyó en diferentes soldados, quedó excluido DON ALONSO, ni nos persuadimos que entre aquellos favores cuente el de haberle sentenciado el Marques á ser degollado pública é injustamente. Con que queda ERCILLA desobligado á su decantado protector, y libre del vicio de la ingratitud, tan ageno de la generosidad de su condicion. Menos razon tiene el doctor Figueroa, ó por mejor decir mas injuria hace á DON ALONSO, en poner nota en la fé de su historia, el cual tantas veces protesta al Rey Felipe II, que es incontestable la verdad de los hechos que refiere de las guerras de Arauco, parte de los cuales oyó á personas

fidedignas, que se hallaron en ellos, y parte de que él fué testigo ocular. Y en efecto así lo han creido siempre los historiadores, que despues trataron de ellas; y el P. Ovalle con especialidad confirma su historia frecuentemente con el contexto de la Araucana. Pero si el marques de Cañete tuvo algun sentimiento de que DON ALONSO no hablase de él con tanta frecuencia, como esperaba, ya procuró desagraviarle el Licenciado Pedro de Oña, natural de Chile, en su *Arauco domado*, quo escribió, como él dice, para corregir el silencio de ERCILLA. En efecto se oyen celebrados con frecuencia los ilustres hechos del valeroso y prudente Virrey del Peru; pero con tan poca dicha, que mas gloriosos seran en la memoria de los hombres por las ocasiones en que nuestro ERCILLA menciona sus heroicas prendas y oficio, que por la afectada repeticion con que Oña los inculca; y si solamente vivieran por su pluma, ya hubieran seguido la suerte del Poema que los contiene, y se vieran olvidados y desestimados. Pues aunque el Poeta del Arauco domado muestra natural y fácil vena, carece por lo comun de la elevacion y dignidad de la Epopeya, é incurre muchas veces en manifiestas puerilidades, y otras deja correr la pluma licenciosamente.

Estos y otros defectos quiere disculpar el autor, alegando por escusa inadmisible la brevedad del tiempo, y la prisa extraordinaria que le daban, segun se queja en la siguiente Octava, que se halla antes del medio del Canto VIII.

En obra de tres meses que han *corrido*,
He yo tambien *corrido* hasta este Canto:
Mirad si para haber *corrido* tanto,
Es mucho no ir el verso tan *corrido*;
Mas yo con él quedara bien *corrido*,
Sino *corriera* todo lo que canto
Derecho á *socorrerse* de un Mecenas,
Que bien hara *correr* las cojas venas.

Tal es el émulo y competidor del sublime Ercilla! de quien solo resta que advertir, que esta impresion, que ahora se publica, está conforme con las que tienen aumentados los Cantos XXXVI y XXXVII.

ELOGIO

DEL LICENCIADO

CRISTOVAL MOSQUERA DE FIGUEROA,

Auditor general de la armada ejército del Rey nuestro señor, y Corregidor de' la ciudad de Ecija, á don Alonso de Ercilla y Zuñiga.

Con armas doradas, y con la roja señal del glorioso patron de España, vereis este generoso retrato de Don Alonso de Ercilla y Zuñiga, que con la barba crespa, y cabello levantado, y constantes ojos, da muestra de caballero de animosa determinacion, y ageno de todo temor. El que veis ahora con armas de infante, poco ha que le vistes revolviendo á nna y otra parte el feroz caballo, con la espada desnuda, en los apartados valles del no domado estado de Arauco, á quien no le pusieron espanto los escuadrones de bravos Caciques, señores de innumerables vasallos, ni los incultos, y ligeros Puelches, usados á las armas en el rigor del invierno, ni los indómitos, y robustos Araucanos, que con tanta constancia defienden sus términos, y con mas que humanas fuerzas y armas de Gigantes, sacudieron el yugo, jamas probado

de sus cervices, y derramaron tanta sangre de Españoles, volviendo aquel suelo idólatra, y bárbaro, sepulcro religioso de Cristianos; no le impidieron su deseo de gloria los peligrosos asaltos, y escaramuzas del fuerte de Penco, ni las crueles muertes de Españoles, ni la fama de los Mapochotes, constantes en defender sus leyes, ni los dispuestos Promaucaes, diestros en arrojar la flecha, antes encendido en generosa braveza, deseoso de servir á Dios, y ensanchar las tierras de su Rey, siempre se halló en las ocasiones peligrosas, sin tener hora de reposo, como se lee en muchos lugares de su Historia.

Y en la sangrienta batalla de Millarapué, en la cual los Araucanos con tanto valor, y diciplina militar, se mostraron en aquella áspera breña, donde se habian hecho fuertes gran número dellos: allí mostró Don Alonso su valor, y esfuerzo, provocado, y llamado por su nombre de los suyos, para que diese fin á aquella señalada empresa, y á mucho peligro, y riesgo de su vida, se abalanzó en aquella espesura y maleza, y hubo una sagrienta refriega, como se puede creer de los que se veen apretados del peligro, que con tan porfiado coraje vendieron los Araucanos sus vidas, que tuvieron por mejor partido morir allí todos peleando, que

rendir las armas á los nuestros; y en las montañas de Puren, donde cerrados los pasos por los enemigos, asaltaron á nuestra gente, y la industria de Don Alonso juntamente con esfuerzo, pudo librar á los que con él se hallaron de la furia, y tempestad de los bravos enemigos, que con todo género de armas arrojadizas, á semejanza de espesos torbellinos, los herian allí. En aquella desórden reconoció el arte militar, donde ni las heridas que recibió, ni el temor de la presente muerte, ni el desconcierto de los nuestros en la espesura, y aspereza de aquellas hondas quebradas, le pudo ser de impedimento, para que con sosegado pecho dejase de usar de su prudencia, y consejo, que de tanta importancia fué entonces; pues él, y once caballeros, que recogió, subiendo por la áspera cuchilla de la Montaña, ganaron la difícil cumbre, donde dejando los caballos, ya inútiles por el gran cansancio, y aspereza del sitio, á pie dieron á los enemigos por las espaldas tal rociada, que el súbito temor, que con este estratagema concibieron, les sacó la vitoria de las manos, haciéndolos retirar, con pérdida de la presa, que habian ganado.

Ningun hombre habria que pudiese tolerar los inmensos trabajos á que obliga la guerra, las vigilias, centinelas, hambre,

sed, y el excesivo frio, y los ardientes calores sin reparo el peso de las armas, si por una parte la inclinacion con que el hombre nace para seguir este ejercicio, y por otra el deseo de gloria, no le hiciese ligera esta carga: y no es de menos importancia el tratar las armas desde los tiernos años; porque del hábito, y costumbre de manejarlas nace la tolerancia y fortaleza del alma, y ninguna parte destas faltó á Don Alonso, como vemos en el discurso de su vida: pues siempre con ellas acuestas, y ejercitándolas, tomó tan dudosa carrera, que cuando otra cosa no fuera sino darnos noticia de tantas provincias, ya merecen gran premio sus jornadas, dignas de perpetua recordacion.

Y una de las cosas en que se ve la grandeza del ánimo del hombre, y la parte inmortal adonde aspira, es el no hallarse contento, ni satisfecho en un lugar, procurando hartar su deseo, inclinado á diversidad de cosas, rodeando el mundo, y tentando diferentes lugares para hurtar el cuerpo á los fastidios de la vida, como refiere con elocuencia Guillelmo Rondelecio, que suele acontecer á los peces, que algunos hay que siendo nacidos en los rios, en ellos perpetuamente viven, y alegres con sus asientos, y moradas, allí se mantienen de sus natu-

rales pastos sin buscar estancias agenas: y otros, que siendo nacidos en el mar, y en los estaños marinos, enfadados de sus propios alimentos, mudan sus lugares y se deslizan á recrearse por las ondas dulces de los rios, donde atraidos con la copia del mantenimiento, y con la suavidad de las aguas regalados, y con la tranquilidad de las ondas entretenidos, como encantados en la frescura y amenidad de sus vivares, ó apartamientos, pasan lo que les resta de la vida, olvidados de todo punto de su primero domicilio. En las Historias antiguas habemos leido de muchos, que deseando ver con los ojos lo que con leccion de libros habian peregrinado, corrieron muchas provincias, y mares, como hizo Pitágoras, que vió los Adevinos de Ménfis, Platon á todo Egipto, y aquella costa de Italia, que antiguamente se llamaba la grande Grecia, que no le costó poco trabajo: pues floreciendo su nombre en las Academias de Atenas, tuvo por bien (como dice San Gerónimo) antes andar desconocido, y aprender vergonzosamente agenas doctrinas, como discípulo, que jactarse de las suyas, como maestro: y como anduviese en seguimiento de las letras, que entonces parecia que iban huyendo de los hombres, esta dificultosa empresa le costó la libertad, y así vino á

ser peregrino, y captivo. Y muchos varones nobles leemos haber salido de España, y Francia por conocer á Tito Livio, fuente de la elocuencia, y valió la fama de este hombre para atraer á aquellos, á quien la contemplacion y grandeza de Roma, no pudo llevar tras de sí, y en aquella edad hubo grandes milagros nunca oidos, y dignos de ser celebrados en la duracion de los siglos, que á muchos hallándose en la triunfante Roma, no les hartaba su deseo, como adelante se verá en Don Alonso, y se saliau de ella codiciosos de conocer cosas nuevas y peregrinas. Dejo de tratar, entre otros muchos, de Apolonio, que pasó de la otra parte del Caucaso los Escitas, Masagetas, y los ricos Indios, y revolvió con muchas distancias á ver los montes de la Luna, y meas del Sol en Etiopia, y tantas, tan diversas provincias, que para persuadirnos á que el trabajo de un hombre las pudo andar todas, hay necesidad de que creamos, que no le debió de ayudar poco á Apolonio para esto el nombre de Mago, que vulgarmente todos los escritores le atribuyen. Ya tenemos noticia de lo que nuestros Españoles navegaron de medio dia al occidente, del grande, y espacioso continente de Tierra-firme, que hallaron de las muchas Islas con oro, piedras y perlas, y enriquecidas, que descu-

brieron. Tambien se acordarán los nuestros de aquel venturosísimo navío, por nombre Vitoria, el cual circundó todo el mundo, que por particular favor dado á la ventura de Cesar Carlos Quinto, lo concedió el cielo al animoso Magallanes y sus compañeros, donde se manifestaron á los ojos de aquellos hombres (dignos de que la tierra los honre) muchos lugares, y montes poblados de gentes bárbaras, no conocidos por los Antiguos, que aunque se glorie Alejandro de Macedonia, y levante su espíritu al cielo por haber sido el primero que pasó de la otra parte del Oriente en jornada segura por tierra; pero no con navíos, como lo refiere Vopelio en su Cosmografia, por lo cual como señor pontentísimo, que señoreó el mundo, todos levantan y engrandecen su nombre, y nunca se cansa Quinto Curcio, Dion, y Clitarco, y otros de encarecer esta felicidad, que bien considerado, á los que vivimos ahora no nos ha de maravillar lo que á los pasados, teniéndolo por cosa mostruosa; pues vemos á este caballero, y á los que iban en su compañía, que corrieron por tantas tierras, y mares, que si todo lo que anduvo Alejandro se juntase, y numerase con lo que Don Alonso ha andado, no será la décima parte. Pues ya sabemos que el divino Poeta Homero,

como consta por sus obras (que en esto es digno de que se le conceda la gloria, como en lo demas) no tuvo noticia de estas partes, y aunque á Ulises, y á Nestor dió epitetos, y atributos de prudentísimos, no fué porque hayan sido señalados en los estudios de las letras, sino por haber tratado, y conversado con varias naciones, y visto muchas repúblicas, y costumbres diferentes: Y haber Don Alonso navegado mas que el famoso Ulises, no hay para que dificultarlo; pues cuanto pudo navegar este Griego fué lo que por sus Historias parece, desde el archipielago, y mar Egeo, al mar Ionio, y todo el Mediterraneo, y sus costas, hasta romper por el estrecho de Gibraltar, y correr parte del Oceano, y llegar á la gran ciudad de Lisboa, que la dejó ilustre con su nombre. Pero este animoso caballero habiéndose criado desde su niñez en la casa del Rey Felipe, nuestro señor, como él lo dice al principio de su libro, y siguiéndole en todas sus jornadas, como en la primera que hizo á Flandes lo escribe con manificencia de estilo Cristoval Calvete de Estrella, coronista de su Magestad, en su viage, donde refiere el nombre de D. Alonso, llamándole de Zuñiga Corrió, no una, pero muchas veces, todas las provincias que contiene nuestra España, Italia, Fran-

cia, Inglaterra, Flandes, Alemania, Boemia, Moravia, Silesia, Austria, Ungria, Stiria, y Carintia; y no contentándose con esto, ni con tener lugar en la casa de tan alto señor, en cuyo servicio ayudado de su virtud, linage, é ingenio, como los demas caballeros pudiera acrecentar su casa, encendido en su deseo, sabiendo que el apartado Reino del Perú y provincias de Chili rebelados contra el servicio de su Rey, habian tomado las armas, sin temer los grandes peligros, y dificultades de tan largas derrotas, y jornadas, salió de Londres, y vuelto á España, navegó por el Oceano al Poniente, y tocando de paso en muchas Islas, llegó á Tierra firme, donde atravesando las altísimas sieras de Capira, pasó al Oceano exterior, llamado mar del Sur; y descubrió otro polo, y otras estrellas, y corrió por todos los Reinos del Perú, pasando la linea equinocial, y torrida zona, y siguiendo siempre sus designios. Pasó asimismo el trópico de Capricornio, y costeó los grandes despoblados de Atacamá, y Copiapo, donde el seco, y pelado suelo no consiente cosa viva: Y entrando por los términos de Coquimbo, pasó la linea, y el famoso (aunque pequeño) valle de Chili, de el cual toma nombre toda aquella provincia. Y dejando atras la fértil llanura de

Mapochó, llegó á las riberas de los Promaucaes, y atravesó el arrebatado rio Maule, y el raudó Itata, y barqueando el caudaloso Biobio, el cual hasta el mar conserva siempre su nombre, entró en el indómito Estado de Arauco. Y despues de haber dado fin á la porfiada guerra, que el mismo escribe, y hallándose en siete batallas campales, y otras muchas escaramuzas, y rencuentros, y en la fundacion, y poblacion de cuatro ciudades, pasó las levantadas montañas de Puren, y llegó á Cauten, y su espaciosa tierra, vadeando el ancho Nivequeten hasta arribar al Lago de Valdivia. Y no satisfecho con haber andado tantas, y tan estrañas provincias pasó adelante al descubrimiento, y conquista de la última, que por el estrecho de Magallanes está descubierta hasta el valle de Chili: y surcando en piraguas el archipiélago de Ancudbox, ó gran número de Islas, saltando en algunas dellas, atravesando el ancho desaguadero, con treinta soldados entró la tierra adentro, y llegó adonde ninguno hasta ahora ha llegado. Y en conclusion, con deseo de descubrir otro mundo abriendo para ello nuevos caminos, se puso casi debajo de el Antártico, pasando para llegar allí innumerables rios, isleos, promontorios, volcanes, montañas asperísimas, comunicando y conversando con estrañas y

diferentes naciones, así en lenguas, como en costumbres, ritos, leyes, naturalezas, figuras, y trages, habiendo dado fin á todas estas jornadas, y escrito la primera parte de su Araucana, y vuelto á España á la corte de su Rey, á continuar el servicio de su casa, antes que acabase de cumplir los veinte y nueve años de su edad.

De donde sacaremos con cuanta mayor ventaja debiera celebrar ahora Homero, el esfuerzo, y prudencia de este caballero, con los demas que le siguieron, si hubiera de tener atencion á sus trabajos, navegaciones, jornadas, batallas, y peligros, retirándose a lo mas apartado, y escondido de la tierra, entrando por las escuras tinieblas de lo incógnito, y peligroso, para traernos á los presentes, y dejar á los por venir claridad de lo que vieron, y descubrieron: Y porque con mayor relacion de verdad, y admiracion nos quedase esta peregrinacion, y jornadas dignas de memoria, quiso nuestra buena suerte fuese tal su ingenio, que ayudado de las fuerzas de él, y de sus estudios, con no cansado trabajo, y con generoso cuidado, guiado por natural inclinacion, abriese camino para escribir tan dificultosa empresa, aspirando sus designios á lo sumo de la gloria; pues andando envuelto entre las mismas armas, escribió esta

Historia en verso heroico, á cuya pureza de lengua Castellana, facilidad, igualdad, y dulzura en el decir, se le debe tanta gloria por famoso Poeta, como por famoso soldado, donde parece no haber tenido hora de descanso; pues cuando se aflojaba la cuerda al reposo, se ocupaba en escribir las jornadas del dia pasado, como lo dice en el Canto veinte y tres:

> Estando así una noche retirado
> Escribiendo el suceso de aquel dia.

Virtud digna de eterno loor del que llega á ser tan venturoso, que puede juntar las armas, y las letras, y no es cosa que trae consigo estrañeza letras, y armas; antes es negocio, que se debe celebrar con estraños loores, haber venido la prudencia humana á quitar de entre los hombres este divorcio, tan injustamente puesto, reconciliando para nuestro provecho estos dos ejercicios; porque de la suerte que es cosa importante, que suceda á la tristeza la alegria, y al trabajo el descanso, y al estruendo, y alboroto, la quietud; asi despues de la braveza de las armas, enemigas del reposo, hacen en el alma un asiento suavísimo y saludable la tranquilidad de los estudios, el sosiego de la leccion de los buenos libros, con cuya apacible comunicacion el hombre

se restaura de sus trabajos, y volviendo á recogerse en sí mesmo, se pone en pacífico y glorioso estado. Significacion tiene, y no vulgar, lo que los antiguos dicen del Dios Marte en sus Historias fabulosas, que para templar su aspereza, y terribilidad, le vinieron á dar por consorte á Venus, porque atrayéndole con su tierna hermosura, y con la dulzura de sus alhagos, mitigáse el rigor de su condicion implacable, que no es de poca consideracion la pintura, que los poetas hicieron, si nos diera lugar para estendernos en este paso esta figura, que por tener sombra de deleite humano, nos quita la libertad de hacer discurso en ello. Y así pasando adelante en lo primero, quien considerare á Plinio Segundo, tesoro de toda la erudicion humana, en él se verá, si el haber seguido la guerra como la siguió le pudo ser impedimento, para que no fuese profundo Filósofo, sacando á luz aquella Historia, donde mostró un Teatro de toda la hermosura de la Madre Naturaleza, ó por mejor decir, de la ordinaria potestad de Dios. ¿Qué diremos de Julio Cesar, que en las noches escribia, con estudiosa puntualidad, las jornadas de los dias que peleaba? Y de Teodosio, que templando las batallas con el canto de las musas, entre los Cimbros, y Saurómatas, se

divertia por algunas horas de todo lo que era furor de Marte? Pues qué diremos de Pericles, de Alcibiades, elocuentísimos? Del grande Alejandro, que heredó tanta parte de erudicion de su maestro Aristóteles? Y el piadoso poeta Aurelio Prudencio, y el nuestro, honra de las españolas Musas, Garcilaso de la Vega, siendo soldado, y teniendo á su cargo algunas banderas de infantería española, en tiempo del emperador Carlos Quinto, fué tan escogido en el ejercicio de las armas, cómo excelente en la dulzura de sus versos, dice en la Egloga III.

Entre las armas del sangriento Marte,
Dó apenas hay quien su furor contraste,
Hurté del tiempo aquesta breve suma
Tomando ora la espada, ora la pluma.

De aquí nació aquel bien considerado Soneto del duque de Medina-Celi, que despues de haber gobernado en Sicilia, fué á los Estados de Flandes, que dice de esta manera á don Alonso.

¿Quién jamas vió caber en un sugeto
Tres virtudes heroicas sublimadas
Como se ven en vos hoy colocadas,
Con provechoso fruto, y raro efecto?

En que os habeis mostrado tan discreto,

Cuanto vos las teneis mas adornadas,
Con dulcísimo son comunicadas,
Mas al de ingenio, y juicio mas perfecto ¡

Así en Virgilio, y Livio no se vieron,
Ni en el divino Julio esclarecido:
Que su fama hasta vos han sustentado:

Dése os la palma, pues habeis subido
Donde pocos, al fin, hasta hoy subieron,
Y os han Marte, y las musas consagrado.

De estas tres virtudes, de las dos pienso que se ha tratado alguna cosa, que son aquellas que se hallan escritas de Plinio, en una Epístola, que está al principio de la natural historia, donde dice haber alcanzadon de Dios, y merecer llamarse dichosos aquellos que hacen cosas dignas de escribirse, ó que escriben cosas dignas de leerse, y sobre todos bienaventurados los que alcanzaron lo uno, y lo otro. Y aunque hubiera cumplido DON ALONSO con estas dos virtudes, escribiendo en prosa esta Historia con aquella verdad, y partes que quiere Quintiliano, que sea para mas satisfaccion de su opinion, y para mas opinion de nuestra nacion la escribió en verso heroico, para que fuese mas universal esta forma de escritura, cuanto lo es mas la Poesía, que la Historia. Porque con el verso muestran

los Poetas la grandeza, esplendor, erudicion, y efetos, que nos enseñan, deleitan, y mueven los ánimos, como los altos Oradores; porque verdaderamente, sino hubiera Poetas, no parecieran, como parecen las hermosuras de esta naturaleza criada: porque estos son los que las conocen, y dan á conocer con la divinidad de los versos, como ellas son. Y ha habido algunas naciones de tanta infelicidad, que por no producir en ellas el cielo Poetas, vienen á hallarse faltas de toda elegancia, urbanidad, y hermosura: Y su ingenio de DON ALONSO es de suerte, que cuando sus razones no las sujetara á las ligaduras de los versos, y consonantes, con aquel número, igualdad, y concinidad, que en ellos vemos; su espíritu, sus extraordinarios pensamientos, retirados del comun discurso, lo muestran verdaderamente Poeta; porque no lo es solamente (como dice Fracastorio) el que en número de pies, cadencia de ritmo lo manifiesta; pero tambien merecerá este nombre el que lo fuere por naturaleza, aunque no lo muestre por la pluma. Y de todo esto resultará estimar en mucho las obras de este caballero: pues juntando en él, á competencia, la fuerza del arte, con la naturaleza, lo vinieron á hacer tan insigne, que con razon se podrá España defen-

der con él, contra la soberbia, y presuncion de los estrangeros, que yo estoy cierto, que si atentamente le miraren, y consideraren, hará con su dulce canto el efecto que el Escudo poderoso de Palas; y este será el que nos defenderá de aquí adelante, y será suficiente para rebatir los golpes, que contra nuestra nacion descargaren los envidiosos Escritores. Y porque todas las virtudes resplandecen mas en un ilustre, y generoso supuesto, será esta la tercera virtud en este discreto caballero, que tanto mas le adornan las armas y las letras, cuanto mas honrado debe ser por la antiguedad de su linage, y casa: que su orígen y calidad dirá bien la nobilísima villa de Bermeo, cabeza de Vizcaya, donde sobre el Puerto, y cerrado Muelle, está fundada de gruesos y anchos Muros, labrados de sillería, la antigua Torre de Ercilla, celebrada en los antiguos cantares de aquella tierra, y ensalzada con la gloria de sus abuelos, Señores de ella, cuyo nombre conserva para testimonio de su nobleza DON ALONSO DE ERCILLA, Caballero de la Orden de Santiago, y Gentil-hombre de la Cámara del Emperador, de quien se ha tratado en este Elogio, hijo digno de Fortunio Garcia de Ercilla, Caballero de la misma Orden, que pòr sus divinas obras, dejó perpetua memoria de

su raro ingenio, siendo de las naciones estrangeras llamado por excelencia, *el Sutil Español*, y porque (con los versos de su hijo, daré mejor remate á esta escritura que podria con los agenos) en la segunda Parte de la Araucana, canto veinte y siete, dice desta manera:

Mira al poniente, á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de dó es cierto,
Que procede, y se estiende la nobleza,
Por todo lo que vemos descubierto:
Mira á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el Puerto
Los anchos Muros del Solar de Ercilla,
Solar antes fundado, que la Villa.

Año de 1585.

SONETO

A DON ALONSO DE ERCILLA.

Pareta corriendo con ligero paso
Maron de Mantua, y de Esmirna Homero,
Cada cual procurando ser primero
En la difícil cumbre del Parnaso:

Van de la Italia Ariosto, el culto Taso,
Y del pueblo famoso del Ibero
Boscan, Mendoza célebre, y sincero
Y el ilustre y divino Garcilaso:

Vais despues de ellos, generoso Ercilla,
Y aunque en tiempo primero que vos fueron,
Pasais delante á todos fácilmente,

Apolo en veros tal se maravilla,
Y antes que á todos los que allá subieron,
Con lauro os ciñe la sagrada frente.

DECLARACION

De algunas dudas, que se pueden ofrecer en esta Obra.

Chili es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias : toma el nombre de Chili toda la provincia por un valle, del cual tuvieron primero noticia los Españoles por el oro que en él se sacaba, y como entraron en su demanda, pusieron nombre de Chili á toda la tierra hasta el estrecho de Magallanes.

El estado de Arauco es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho poco mas ó menos, que produce la gente mas belicosa que ha habido en las Indias, y por eso es llamado el Estado indómito : llámanse los Indios dél Araucanos, tomando el nombre de la provincia.

Puelches se llaman los Indios de la sierra, que son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

Arcabuco es una espesura grande de árboles altos y boscage.

Bohío es una casa pagiza grande de sola una pieza sin alto.

Llauto es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen por la fren-

te, y les ciñe la cabeza : son labrados de oro y chaquira con muchas piedras y diges en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos, de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

Chaquira son unas cuentas muy menudas á manera de aljofar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda es mas preciada: labran y adornan con ella sus llautos, las mugeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, á manera de vidrios: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espaldas.

Yanaconas son Indios mozos amigos, que sirven á los Españoles, andan en su trage, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policia en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especial cuando los Españoles dejan los caballos, y pelean á pie, porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente.

Pallá es lo que llamamos nosotros señora; pero entre ellos no alcanza este nombre sino la noble de linage, y señora de muchos vasallos y hacienda.

Apó es señor, ó Capitan absoluto de los otros.

Eponamon es nombre que dan al demonio, por el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

Cacique, quiere decir señor de vasallos, que tiene gente á su cargo.

Los Caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos: declárase esto, porque los que mueren en la guerra se oirán despues nombrar en otra batalla, entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.

Coquimbo es el primer valle de Chili, donde pobló el Capitan Valdivia un pueblo, que le llamó la Serena, por ser él natural de la Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

Mapochó es un hermoso valle, donde los Españoles poblaron la ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo Mapochó.

Penco es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar poblaron en él los Españoles una ciudad, la cual la llamaron la Concepcion.

Angol se llama el valle donde poblaron otra ciudad, y le pusieron nombre los confines de Angol.

Cauten es un valle hermosísimo y fértil, donde los Españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil Indios casados de servicio: llamáronla Imperial, porque cuando entraron los Españoles en aquella provincia hállaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas hechas de palo á manera do timbre de armas, que cierto es estraña cosa y de notar, pues jamas en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

Villarica es otro pueblo que fundaron los Españoles á la ribera de un lago pequeño cerca de los volcanes, que lanzaban á tiempos tanto fuego y tan halto, que acontece llover en el pueblo ceniza.

Valdivia es un pueblo bueno y provechoso, tiene un puerto de mar por un rio arriba tan seguro, que varan las naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre: entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos, era Valdivia Capitan General de los Españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chili.

Caupolican fué hijo de *Leocan*, y *Lautaro* hijo de *Pillan*. Declaro esto, porque como son Capitanes señalados, de los cuales

la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres me aprovecho de los de sus padres.

Mita es la carga ó tributo que trae un Indio tributario.

Mitayo es el Indio que la lleva ó trae.

LIVRES

EN LANGUES ÉTRANGÈRES.

CHEZ CORMON ET BLANC.

ESPAGNOLS, *Espagnols-Français*, etc.

ARAUCANA (la), por Ercilla, in-18. 4 vol. jolie édition, pap. vél. 1821.
Aventuras de Telemaco, espagnol et anglais, in-12. 2 vol. *Paris*, 1803.
Bovadilla politíca para corregidores y señores de Vasallos, in-fol. 2 vol.
Cabaña Indiana y café de Surate, por Bernardin de St-Pierre, in-18. jolie édition, 1820.
Cartas y vida de Heloysa y Abelardo, in-18, avec deux beaux portraits, 1815.
Catecismo histórico, por Fleury, in-12. 2 vol. avec 14 planches.
Chantreau nuevo ó gramática francesa, al uso de los Españoles, sacada de los mejores gramáticos, gros vol. in-8. très-jolie édition. *Bordeaux*, 1817.

Coleccion española de piezas en prosa y en versos, sacadas de varios autores Españoles, por J. L. B. C., seconde et jolie édition augmentée, in-18. 2 vol. 1819.
Confesiones de S. Agustin, traducidas por el padre de Ribadeneyra, gros in-12.
Contrato (el) social, por Rousseau, traduit en espagnol, in-18. jolie édition, 1821.
Diccionario Español-Italiano, é Italiano-Español, por Cormon y Manni, 2 vol. carrés, jolie édition. *Lyon*, 1821.
Dictionnaire espagnol-français et français-español, par Sobrino, in-4. 3 vol. 1789.
—Même livre, par Séjournant, in-4. 2 vol.
— Même livre, avec la prononciation, par Gattel, in-4. 2 vol. *Lyon*, 1803.
— Même livre, de poche, in-16. 2 vol. 1816.
— Même livre, par Cormon, in-8. 2 vol. (*sous presse*).
Don Quijote de la Mancha, por Cervantes, in-12. 4 vol. jolie édition. *Bordeaux*.
— Même livre, très-jolie édition, conforme à la troisième publiée par l'académie espagnole, in 16. 6 très-gros vol.

avec 6 jolies fig. avant la lettre. *Lipsiæ*, 1800.
Estela traducida de Florian ; jolie édition, in-18. 1820.
Fabulas literarias, por Yriarte, in-18. 1816.
Galatea imitada de Cervantes por Florian, traducida por Pellicer, in-18. 1817.
Gil Blas de Santillana, in-18. 6 vol. jolie édition. 1819.
Gonzalo de Córdoba, traducido de Florian por Peñalver, in-18. 2 vol. 1811.
Gradus ad Parnassum (latin y español), in-8. 2 vol. *Madrid*, 1789.
Grammaire (nouvelle) espagnole, à l'usage des Français, par l'abbé Pelegrin, in-8. 1818.
Historia de la conquista de México, poblacion y progresos de la América septentrional (nueva España), por Solis, in-18. 5 vol. jolie édition, 1819.
Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, in-18. 5 vol. jolie édition, 1820. (*Ouvrage satirique du P. Isla, contre les mauvais prédicateurs.*)
Maître d'espagnol, por Cormon, in-8. cinquième édition, 1820.
Monarquia hebrea, por don Vicente Bacallar, in-18. 4 vol.
Montenegro, itinerario para los párocos de Indias, in-4.

Noches lugubres, por Cadalso, seguidas del dinlecuente honrado por Jovellanos, gr's in-18. jolie édition, papier fin, 1818.

Novelas nuevas de Florian por Zavala y Zamora, in-18. 1819.

Novelas ejemplares de Cervantes Saavedra, in-18. 4 gros vol. jolie édition, avec 5 fig. 1816.

Numa Pompilio, rey de Roma, traducido de Florian, in-18. 2 vol 1809.

Obras de la madre de Agreda, in-fol. 3 vol.

Pablo y Virginia, trad. por Alea, in-18. 1817.

Parnaso Español (tesoro del), ó poesías selectas y recogidas por Quintana, in-18, 4 très-gros vol. jolie édition, 1817.

Prática del consejo real en el despacho de los negocios consultativos, contenciosos, etc. por Escolano, in-fol. 2 vol. rel. *Madrid*, 1796.

Quevedo obras Jocosas, in-8. 4 vol. papier vélin, jolie édition, 1821

Robinson (el nuevo), por Campe, traducido y corregido por don Tomas Iriarate, in-18. 3 vol. jolie édition, carte, 1820.

Siglo Pitagorico, y la vida de don Gregorio Guadaña, por Gomez, in-4. fig. *Bruselas*.

Sueños morales, Visiones y Visitas de Torres, con don Francisco de Quevedo, por *Madrid*, gros vol. in-18, jolie édition, 1821.

Teatro moral de la vida humana en cien emblemas, con enchiridion de Epicteto y la tabla de Cebes, traducido de Otho Voenius, in-fol. grand papier, 100 fig. *Amberes*, 1733.

Werther, traduit de l'allemand de Goëthe, en espagnol, in-12. *Paris.*

Anglais, Anglais-Français, etc.

Adventures (the) of Telemachus, in-12. gros vol. jolie édit. *Paris.*

— Même livre, anglais-français, in-12. 2 vol. jolie édition. *Paris.*

Athenian Letters, or correspondance during the Peloponesian War, in-8. 3 vol. 1800.

Blackwell's memoirs of the court of Augustus, in-8. 7 vol. *Basil.*

Blair's lectures on rhetoric and belles-lettres, in-8. 3 gros vol. *Basil*, 1801.

Clarendon's history of the civil War in England et his Lif, in-8. 17 vol. *Basil.*

Clarke's sermons on the following subjects, 10 vol. in-8. sixième édition, rel. en bon état. *London*, 1744.

Cook, Clerke and Gore voyage to the pacific Ocean, in-8. 3 vol. *Dublin*, 1784, cartes, rel.

Coxe's Travels in Switzerland, and in the country of the Grisons, in-8. 3 vol. et atlas. *Basil*, 1802.

Dictionnaire anglais-espagnol et espagnol-anglais, par Baretti, in-4. 2 vol. *Lyon*.

— Même livre, par Gattel, in-16. 2 vol. jolie édit. *Paris*.

Dictionnaire de poche, anglais-français et français-anglais, par Nugent, et revu par Ouiseau, in-16. 2 vol. avec une jolie vue de Londres. *Paris*, 18 6.

Dodsley's fables for the yourth, in-12. *Paris*.

Elémens de conversation anglaise, par Perrin, in-8. jolie édition. *Bordeaux*, 1818.

Gil Blas, transl. by smollett. in-12. 4 vol. jolie édit. *Lyon*, 18 5.

Grammaire anglaise, par Turner, avec notes, etc., par Boniface, in-8. *Paris*, 1816.

Haussner. Phraséologie, ou dictionnaire anglais et allemand, très-gros vol. in-8. grand raisin. *Strasbourg*, 1798.

History of england in a series of letters from a nobleman to his son, in-8. 2 vol. *Basil*, 1800.

Introduction à la lecture et à l'orthographe de la langue anglaise, par Scott, avec un vocabulaire français et anglais, etc. par Maillet, gros vol in-12. *Paris.*

Knox's essays moral and litterary, in-8. 3 vol *Basil*, 1800.

Knox's (vicesimus) essays moral and litterary, and Winter evenings or lucubrations on life and letters, in-8. 5 vol. *Basil.*

Letters select by lady Montague's, with notes, in-18. jolie édition. *Paris*, 1818.

Maître d'anglais, par Cobbett, cinquième édition, augmentée par Duroure, très-gros in-8. *Paris*, 1815.

Ministre of Wakefield, tout anglais, in-12. jolie édition, 1818.

— Même livre, in-18. jolie édition. *Renouard.*

— Même livre et même édition, in-18. avec 6 jolies figures.

Paradis perdu de Milton, en anglais, avec la traduction française par Delille, 3 vol. gr. in-4. pap. ordinaire. *Paris*, 1805, rel. filets.

Paul and Virginia, gros in-18. jolie fig. *Paris*, *Crapelet*, 1816.

Pope's Works with notes and illustrations by Warton, in-8. 9 vol. *Basil.*

Robertson's history of Charles V, in-4. 3 vol. *London*, 1769, mi relié.
Robertson's historical disquisition concerning India, in-8. *Basil.*
Shakespear's selected plays, with notes ; etc. in-12. 6 vol. jolie édit 1809.
Smith's inquiry into the nature and causes of the wealth of nations, in-8. 4 vol. *Basil.* 1801.
Sterne's sentimental journey, throug France and Italy, in-18. jolie édition, *Renouard.*
— Même livre et même édition, in-18. avec 6 jolies figures.
— Même livre, anglais-français, in-4. 2 vol. figures, superbe édit. *Didot.*
Synonymes anglais, avec la traduction française, par Labarthe, in-8. 2 vol. *Paris*, 1803.
Thompson's Seasons, with the life of the author, anglais-français, in-18. 2 vol. fig. *Bordeaux*, 1808.
— Même livre, tout anglais, gros in-18. avec 2 jolies fig. *Bordeaux*
Transactions (the philosophical) from the end of the year 1750, abridged, in-4. 10 vol. rel. en 12, fig. *London.*
Vocabulaire classique, anglais-français, par Wanostrocht, in-8. *Paris.*

ITALIENS, *Italiens-Français*, etc.

Alberti, dizionario universale critico, enciclopedico della lingua italiana, in-4. 6 vol. *Lucca*, 1797.

Alfieri della Tirannide, in-18. 2 vol. *Torino.*

Alfieri tragedie, 22 parties en 6 vol. grand in-16. jolie édition, beau pap. *Venise*, 1817.

Alfieri tragedie, e prose appartenenti alle tragedie, in-16. 6 vol. brochés en 25 parties *Venezia*, 1819.

Amori delle piante poema con note filosofiche di Darwin; traduzione dall' inglese di Gherardini, in-12. seconde et jolie édition, *Milano*, 1818.

Appiano opere poetiche, in-8 4 vol. grand raisin cartonnés, belle édition. *Turin*, *imprimerie royale*, 1815.

Arte de giardini inglesi, seconde édition très-augmentée par l'auteur, in-8. 2 vol. avec 40 planc. *Milan*, 1813.

Baretti opere scritte in lingua italiana (frusta letteraria), in-8. 3 vol. belle édition. *Milan*, 1813.

Berleudis stanze. sonetti e capitoli, petit in-12. 3 vol. fig. *Torino*, 1785.

Dante, la divina commedia col comento e

le note di Venturi, 3 très-gros vol. in-18. portrait. *Firenze*, 1819.
Dictionnaire italien-français et français-italien, par Alberti, in-4. 2 vol. *Gênes*, 1811.
— Même livre, *de poche*, revu par Lauri, in-16. 2 vol. *Lyon*, 1819.
Erizzo le sei giornate, in-8. jolie édition, portrait *Milan*, 1815.
Fiori di Divozione ossia esercizio di christiana pietá, in-8. *Torino*, 1818.
Giardino di Divozione ossia esercizio di Christiana pietà, in 18. *Torino*, 1818.
Goffredo (il) o la Gerusalemme liberata, con gli argomenti di Gio. Vincenzo Imperiale, in 18. 2 gros vol. portrait. *Paris*, 1806.
Goldoni scelte commedie, in-8. 12 vol. bonne édition. *Padova*, 1811 à 1817.
Grammatica nuova italiana e francese di Goudar, nuova e bella edizione accresciuta da L. R. gros vol. in-12. *Torino*, 1813.
Grammatica ragionata della lengua francese, da Biagioli, in-8. *Paris*, *Didot*, 1814.
Italiano (nuovo) in Parigi, ovvero nuova grammatica francese con domande e risposte, ad uso degli italiani, da Duc, in-12. *Torino*, 1813.

Lavater (il) portatile, traduzione dal francese, 2 vol. grand in-18. avec 63 fig. coloriées. *Milano*, 1811.

Lettere d' una Peruviana, trad. da Deodati, italien-français, in-18. 2 vol. jolie édit. portrait, 1810.

Lippi (Zipoli) il malmantile racquistato, in-4. 4 vol. avec 5 fig. *Pratto*, 1815.

Maître italien de Veneroni, refondu et augmenté par Lauri, gros vol. in-8. *Lyon*, 1820.

Metastasio opere drammatiche e poetiche, in-12. 8 gros vol. jolie édition. *Padova*, 1816.

Monti tragedie, deuxième et jolie édition. gran in-16. *Livorno*, 1818.

Orlando furioso, di Lodovico Ariosto, in-8. 5 vol. jolie édition, avec 2 portr. *Milan*, 1815.

Orlando innamorato di Boyardo, rifatto da Berni, in-12. 4 gros vol. fig. *Parigi*, 1768.

Ortografia moderna italiana, in-4. *Padova*, 1795

Pastor fido di Guarini, gros in-18. avec 1 fig. *Pinorolo*.

Petrarca rime, très-gros in-18. portrait. *Pinorolo*.

Rabbi sinonimi ed aggiunti italiani, édi-

tion augmentée par Bandiera, in-4. *Parma.*
Raccolta di novelle, in-8. 3 vol. jolie édition, avec 2 beaux portraits. *Milan*, 1804.
Rime del Pelegrino Salandri, in-12.
Sacchetti novelle, très jolie édition in-12, 3 vol. avec un beau portrait. *Milan*, 1813.
Salomone fiorentino opere poetiche, nouvelle édition, grand in-16. 2 vol. papier fin *Livorno*, 1815.
Schedoni delle influenze morali, seconde édition, revue et augmentée par l'auteur, in-8. 2 vol jolie édit. *Modena*, 1815.
Schlegel corso di letteratura drammatica tradotto, con note e addizioni, da Gherardini, grand in-12. 3 vol. jolie édition. *Milan*, 1817.
Traité de la prosodie italienne, par Chatau, troisième édition, beau papier, petit vol, in-12. 1816.